

EL MISTERIO INDESCIFRABLE

por **Fernando Almena**

Dedicatoria: A Trini Marull

1

Dos amigos y un ordenador

No existía el menor ruido en la casa, como si el silencio nocturno se hubiera quedado adherido a las paredes o hubiera contagiado de su paz o inquietud -nunca se sabe- el ambiente. Quizá porque solo eran las diez de la mañana y sábado. Los viernes se trasnochaba en aquella familia.

Un pájaro lanzó un silbo, y con su atolondrado aleteo asustó al silencio, aunque solo durante un instante. Luego, pareció que incluso se oía el espontáneo y alborozado brote de las hojas en el jardín, luminoso de primavera. El sauce llorón y la acacia cada año manifestaban su afán de vida con idéntica brusquedad.

Únicamente en la habitación de Teo se percibía el zumbido insistente de un moscardón, agigantado a causa del silencio. Era el ventilador del ordenador.

Teo había sido el primero en irse a la cama, tras ardua batalla contra el sueño, que una vez más había salido victorioso. Llevaba levantado media hora y, para no despertar al resto de la familia, ni siquiera había salido de su cuarto. Se había limitado, simplemente, a encender el ordenador y a cargar su programa favorito: la última innovación en diseño y dibujo, que sus padres le habían obsequiado, meses antes, el día en que cumplió trece años.

Si antes era un empedernido aficionado al ordenador, desde ese día se convirtió en un fanático. Contaba ya con un equipo envidiable: un potentísimo ordenador con discos de varios TeraBytes y una pantalla de veinticinco pulgadas. Lo había traído su padre en uno de sus viajes a Estados Unidos, deseoso de favorecer la afición y las grandes dotes que Teo mostraba para la informática.

A pesar de sus pocos años, había superado hacía tiempo el manejo y las posibilidades del primer y modesto equipo que le habían comprado para que se iniciara y jugara. Pronto comenzó a utilizar el de su padre, lo que provocaba no pocas disputas cuando este tenía que utilizarlo en sus quehaceres. Evitar estas interferencias tal vez fuera, además, otra de las razones que lo animaron a regalarle el nuevo ordenador.

Su flamante equipo estaba dotado de todos los complementos necesarios para hacer factible cualquier tarea: desde tablero electrónico a pluma sin cable, pasando por scanner para

la entrada de originales, fueran fotografías, diapositivas o dibujos, lo que permitía trasladar las imágenes a pantalla y reconstruirlas, modificarlas o utilizarlas fielmente. Ahora, con sus nuevos programas de diseño, fotografía y animación, Teo era capaz de cualquier cosa.

Después de innumerables trabajos y agotadoras pruebas, había conseguido no solo realizar bellos, curiosos o abstractos dibujos, sino imprimirles todo tipo de movimientos. Es más, había conseguido crear sus propias historias animadas. Unas con personajes creados por su imaginación, otras con sus personajes favoritos y algunas incluso con sus familiares y amigos. Le bastaba con introducir la fotografía o el dibujo del personaje deseado y programar los movimientos para que el ordenador los ejecutara según las órdenes verbales que recibiera, ya que estaba capacitado para reconocer la voz humana. El resto era ya para él pura rutina.

Lo único que desesperaba a Teo era que no podía dar voz a los personajes de sus historias, lo que convertía su creación en una especie de película muda. Habría necesitado un ordenador que no solo reconociera la voz humana o que repitiera una serie de palabras almacenadas, sino que fuera capaz de poner voz a los personajes, aunque fueran los diálogos que él programara, pues pretender que hablaran por sí mismos comprendía que, al menos por el momento, era un imposible, una utopía.

Ya había acoplado a sus historias, mediante un grabador, diálogos en paralelo, realizados con ayuda de su inseparable amigo Iván, su fiel compañero de aventuras informáticas. Pero el resultado no era bueno, por mucho que despertara el entusiasmo y la complacencia de su familia.

—Si consiguiéramos que hablaran... Fíjate qué historias y películas podríamos hacer.

—Eso es imposible —argumentaba Iván, algo más realista.

—Nada es imposible en informática —profetizaba Teo, rebotando de fe en la ciencia de su época.

Eran ya más de las once cuando la familia departía animadamente en torno al desayuno. El esplendoroso día incitaba a la euforia. Sonó el molesto zumbido del portero automático.

—Contesta tú, Teo. Seguro que es Iván I el Madrugador —dijo el padre en tono jocoso.

En efecto, el pequeño Iván no tardó en dibujar un «¡Buenos días!» en su risueño rostro, sembrado de diminutas pecas, que, junto a su pelo rojizo, le daban un cierto aire exótico y divertido.

Esa mañana llegaba tan alegre como de costumbre, o si acaso algo más. Una hoja de periódico asomaba por la cremallera abierta de su cazadora.

—¿Quieres un vaso de leche? —ofreció, solícita, la madre de Teo.

—No, si ya he desayunado... —rechazó, aunque acto seguido preguntó con naturalidad—. ¿Puedo coger un pastel?

Su golosinear era conocido por todos. Además, parecía anunciarlo con su cara redonda y sus abundantes carnes.

—Y dos —añadió la madre.

Se comió solamente cuatro.

Teo era muy diferente, casi lo opuesto. Alto -le sacaba la cabeza-, delgado, moreno, de pelo mudable entre el negro intenso y el castaño subido según la caprichosa caricia de la luz, ojos vivos y escudriñadores y más inquieto que el rabo de una vaca.

No había terminado Iván con su último pastelillo, cuando Teo le apremió:

—Vamos a mi cuarto.

—Espera, no he acabado aún.

—Llévatelo y te lo comes arriba.

Acabó de comerse el cuarto pastel por el camino. El quinto se lo guardó en un bolsillo para más tarde. Qué suerte que en casa de Teo los fines de semana tuvieran por costumbre desayunar pasteles y qué suerte la suya de llegar siempre en el momento oportuno.

Ya en la habitación de Teo, en el piso superior del chalé en que vivía, Iván preguntó:

—¿Has hecho algo nuevo?

—Una historia de extraterrestres. ¡Bah!, pero como no pueden hablar, no tiene gracia.

Iván se limpió en el pantalón las manos pringosas de crema y, luego, las introdujo dentro de la cazadora, que aún no había tenido tiempo de quitarse. Sacó la hoja de periódico que escondía y la desdobló cuidadosamente.

—He arrancado esta hoja al periódico de mi padre porque trae una noticia que nos puede interesar.

—¿De ordenadores?

—Más o menos.

Teo cogió con ansiedad la hoja y leyó con más avidez que atención el recuadro que Iván le señalaba con su dedo aún manchado.

UN CIENTÍFICO LOGRA CAPTAR CONVERSACIONES DEL PASADO

Según noticias llegadas a nuestra redacción, el científico chino Yang Xuan, residente en nuestro país, ha logrado captar sonidos de muy baja intensidad, vibraciones de tan débil amplitud, que no pueden ser registradas por ninguno de los sistemas conocidos.

Dado que el sonido se debe a vibraciones que se transmiten a través de un medio, Yang Xuan argumenta que dichas vibraciones con el tiempo decrecen hasta que llegan a no ser perceptibles por el oído humano, pero que continúan transmitiéndose indefinidamente, aunque cada vez con menor intensidad. Según esta teoría, el

aire estaría lleno de vibraciones, acumuladas a lo largo de los siglos.

Yang Xuan, gracias a una máquina de su invención, ha logrado registrar gráficamente esas vibraciones para luego reproducirlas. El mayor problema se le presentó en el momento de separarlas y clasificarlas, pero gracias a un ordenador acoplado a la máquina, ha logrado codificarlas en función de su antigüedad y reproducirlas a través del propio ordenador. Si es así, sería posible oír conversaciones de hace cientos, miles de años. Lo que significaría que los investigadores podrían descifrar los grandes enigmas de la Historia.

Aceptando la credibilidad de la noticia, sería necesario que Yang Xuan realizara una demostración de su invento ante otros científicos. Algo más que

improbable, dado el aislamiento al que, voluntariamente, el sabio chino se halla sometido. Un equipo de este diario ha intentado en vano que le conceda una entrevista. Confiemos en la veracidad de

la noticia por el bien de la ciencia y en que se pueda disponer en breve de lo que sería uno de los más revolucionarios descubrimientos.

—¿Y qué? —preguntó Teo.

—¿Y qué, preguntas? ¿Quieres fijarte bien en lo que dice sobre un ordenador?

Teo releó el recorte con mayor atención.

—¡Claro!, si ese científico ha conseguido que un ordenador reproduzca las palabras, nosotros podríamos lograr que nuestros personajes hablaran. Nosotros diríamos los diálogos y el ordenador los repetiría.

—Y si no —dijo Iván, contento de que su amigo hubiera comprendido lo que ya él había pensado cuando leyó la noticia—, podríamos incorporarle imágenes a los sonidos captados por el sabio chino.

—Eso sería genial. Como hacer películas históricas. ¡Yupiii...! —gritó Teo—, tenemos que localizar a... ¿Cómo dicen que se llama?

—Yang Xuan —leyó Iván en el recorte de prensa.

—Quizá su nombre venga en la guía telefónica.

—De todos modos, nos podrán dar su dirección en la redacción del periódico.

Teo se puso serio de repente.

—Espero que viva en esta ciudad... —dijo.

—Y que nos quiera enseñar cómo lograr que un ordenador repita palabras.

2

El enigma del científico chino

No fue fácil para Iván y Teo localizar la dirección de Yang Xuan. No aparecía en la guía telefónica ni se la quisieron facilitar en el periódico. Lograron su propósito gracias a un compañero de clase, hijo de un periodista, que pidió a su padre el favor de averiguarlo.

Les costó varias horas encontrar la casa. Yang Xuan vivía a las afueras de la ciudad en una gran finca, circundada por una alta valla de piedra. Detrás de la cerca, árboles centenarios alardeaban de la magnitud de sus copas, como si la Naturaleza quisiera mostrar su grandeza al mundo. Los niños rodearon la finca hasta que encontraron la enorme cancela de hierro que permitía el acceso.

—Me recuerda la película de terror que vimos el otro día —dijo Teo.

—Mejor nos volvemos —propuso Iván con recelo.

Teo lo miró con dureza.

—No seas gallina. Con el trabajo que nos ha costado localizar esta casa, no vamos a arrugarnos ahora porque nos recuerde una película tonta.

Junto a la cancela, empotrada en una de las pilastras que la flanqueaban, la cámara de un vídeo-portero los miraba con ojos de guardián celoso. Teo pulsó el botón de llamada y aguardó la respuesta, que parecía no llegar nunca.

—Vámonos, no hay nadie —dijo Iván, cuyo interés en abandonar resultaba manifiesto.

—Qué manía tienes con largarte. No habrán oído mi llamada. Volveré a intentarlo.

Pero cuando se disponía a pulsar de nuevo el botón, una voz bronca y poco amigable surgió por el altavoz del vídeo-portero.

—¿Qué queréis? Id a jugar a otra parte.

Los niños pegaron un respingo. Teo se adelantó un paso y acercó su boca al aparato.

—Queremos hablar con Yang Xuan.

—No es posible, marchaos.

—Es que... —trató Iván de explicarse.

—¡Fuera!

—Bueno... —aceptó Iván de no muy buen grado.

Teo sintió que algo se rebelaba en su interior: la rabia contenida de sentirse menospreciado. No le parecía un recibimiento amable ni adecuado como para aceptarlo. Se enfrentó al descortés e invisible interlocutor:

—No nos vamos. La calle es de todos y no pueden echarnos. Nos quedaremos aquí hasta que Yang Xuan nos reciba.

—Peor para vosotros. Os cansaréis de esperar, el profesor no recibe a nadie.

Se oyó por el altavoz el típico ruido del golpeteo que produce un micrófono al ser colgado.

Los amigos quedaron en silencio, más desencantados que sorprendidos.

—Pues tenemos que verle —afirmó Teo con decisión.

—No sé cómo. Como no nos crezcan alas y saltemos la tapia...

Teo pensó durante unos instantes. Su mente investigadora comenzaba a bullir alentada por el calor de su imaginación inflamable.

—Es extraño que ni siquiera nos dejen pasar. Aquí sucede algo raro. Tal vez tengan secuestrado al científico para apoderarse de su máquina. Piensa que si alguien la consigue, puede hacerse de oro. Iván, tenemos que entrar y averiguar qué ocurre.

—¿Por qué no se lo contamos a la policía?

Teo hizo un gesto despectivo.

—¡Bah!, ¿crees que iban a hacer caso a dos niños?

Iván infló el pecho y ahuecó la voz.

—Ya no somos tan niños —dijo con el orgullo de la madurez que había creído encontrar en los trece años, pero le salió un gallo en la i que provocó que se tambaleara su convicción.

—Tenemos que resolverlo nosotros. Vamos a entrar como sea. Tengo una idea.

Buscó un palito y lo introdujo en una de las ranuras del altavoz que había sobre la cámara del vídeo-portero. Después se quitó la cazadora y la colgó del palo de modo que ocultara el objetivo de la cámara.

—Ya no nos pueden ver. Vamos a trepar por la cancela.

Iván miró arriba, hacia los dorados remates en punta de lanza de la verja, y en su rostro dibujó la misma expresión que si estuviera observando el campanario más elevado de la Giralda.

—¡Ufl, está altísima, y ya sabes que a mí trepar se me da fatal. Si no, que se lo pregunten al profe de educación física.

—Venga, yo te ayudaré.

Iván se encaramó, no sin dificultad, sobre el zócalo de la puerta.

—¿Y si además de secuestradores son unos asesinos?

Teo puso sus manos bajo los pies de Iván y le empujó hacia arriba.

—Tropa y calla. Vaya un héroe.

—Yo no quiero ser héroe. Todos los héroes están muertos.

Iván aferró sus manos a las puntas de lanza y quedó con las piernas bailando sin saber dónde apoyarlas. Teo empezó a trepar con agilidad de mono.

—Aguanta, voy en tu ayuda.

Pero en ese instante se oyeron unos amenazadores gruñidos al otro lado de la cancela. Un par de dóbermans mostraban sus dientes amenazadoramente, retándolos a saltar a su terreno. Los niños se lanzaron en picado hacia el suelo mientras los perros brincaban excitados. En cada salto asomaban, tras el zócalo de la puerta, sus feas cabezas desorejadas. Y entre salto y salto dejaban escapar roncós ladridos que anunciaban su furia.

Un hombre corpulento llegó a la carrera.

—¿Qué ocurre aquí? Quietos, quietos —calmó a los perros.

Los niños observaron la imagen del hombretón, que semejaba la de un presidiario tras las rejas. Su enorme cabeza calva, sus negras cejas pobladas, sus gruesos labios y su chata nariz de boxeador parecían reunir todas las características necesarias para sembrar el terror. Sin embargo, no quedaron todo lo impresionados que cabría esperar. Quizá porque en los ojos de aquel gigantón se podía adivinar dormida la mirada inocente de un niño.

—¡Malditos chavales! ¿Es que no tenéis otra cosa que hacer que provocar a los perros? Pobrecillos.

Teo adoptó un aire de seriedad no ensayada, tal vez para resultar creíble o impresionar al hombre, y dijo:

—Señor, no queremos molestar a sus perros, sino ver a Yang Xuan.

—Al profesor no le gustan las visitas. Además, ¿para qué queréis verlo? Está muy ocupado y no tiene tiempo para perderlo con dos mocosos.

—Por favor, déjenos pasar —suplicó Iván—. Tenemos que proponerle un asunto que le va a interesar.

La estruendosa carcajada que lanzó el hombretón, provocó que los perros retrocedieran unos pasos, asustados.

—¿Vosotros? No me hagáis reír —y añadió, bajando la voz—. ¿Queréis que os diga un secreto? El profesor está secuestrado, y yo soy el encargado de que no pase nadie.

Los niños se miraron sorprendidos. No sabían si el hombre hablaba en serio o pretendía burlarse de ellos. Teo respondió en voz baja:

—Ya lo habíamos sospechado. Así que déjenos pasar o se lo contaremos a la policía.

El gigantón estalló en carcajadas. Los perros escaparon con alaridos lastimeros, igual que si les hubieran arrojado una piedra. Aunque desrabortados, sin gran esfuerzo era posible imaginárselos con el rabo entre las patas.

—¡La policía! ¡Qué miedo! Mirad cómo tiemblo.

Y tembló durante un rato, pero de risa. De repente se puso serio y preguntó:

—¿Para qué queréis hablar con el profesor?

Teo fue resuelto al contestar:

—Para hacerle una propuesta sobre la máquina que capta sonidos del pasado.

El hombre dio un respingo, como si hubieran descubierto un secreto celosamente guardado.

—¿Cómo sabéis vosotros lo de la máquina?

Ahora fue Iván quien respondió con la mayor naturalidad:

—Viene en el periódico.

El hombre parecía no dar crédito a lo que oía. Su expresión cabalgaba entre el miedo y la pesadumbre.

—En el periódico, ¿eh? ¡Maldito periodista! Y ahora, cuando el jefe se entere, peligrará mi empleo. La culpa es solo mía por hablador.

Los niños no entendían nada, aunque sospechaban que el hombre debía de haber cometido alguna imprudencia.

—¿Acaso lo de la máquina es un secreto?

—¡Chist!, bajad la voz. Claro que lo es. Yo no debería siquiera conocerlo. Lo supe por Joaquín José... No, fue José Joaquín. No, no..., es igual. Me lo contó un día que estaba un poco alegre —hizo el ademán de quien empina el codo—. Se le debió de escapar.

—Si lo saben en el periódico, no será tanto secreto —dijo Teo.

El hombre hizo un puchero como si fuera a echarse a llorar.

—Se lo conté yo. Parecía tan buena persona aquel chico... No me dijo que era periodista. Se acercó a la cancela, igual que ahora vosotros, y empezó a darme conversación. Decía que buscaba no sé qué dirección. Luego, me ofreció un pitillo, y como le dije que no fumo, me invitó a caramelos. Con su verborrea y su amabilidad dio con mi punto flaco. Yo paso el día solo, sin hablar con nadie más que con los perros, que es lo mismo que hablar con un muro. Así que sin darme cuenta le hablé de Yang Xuan y le expliqué el asunto de la máquina.

El grandullón se puso serio y cambió de expresión.

—Ya os estáis largando de aquí con viento fresco —gruñó—. Bastantes problemas se me van a presentar cuando ellos se enteren.

La palabra “ellos” resultaba enigmática. No se trataba de Yang Xuan, sino de ellos. ¿Los secuestradores, o es que en aquella finca se escondían otros científicos peligrosos? Era un misterio que Teo tenía ya resuelto descifrar.

—¡Vámonos, Iván!

Teo recogió su cazadora y se alejaron sin volver la cabeza hasta que sintieron la sensación de que la mirada del hombretón dejaba de estar clavada en su espalda. Solo entonces, se dieron la vuelta.

3

Asalto a la casa misteriosa

Teo e Iván recorrieron la valla de piedra intentando encontrar un resquicio por el que penetrar en la finca, mas parecía inexpugnable. Como si hubiera sido construida concienzudamente para evitar la presencia de extraños.

—Es inútil, Teo. Aquí no se cuele ni una hormiga.

—Tiene que existir algún fallo. Y si no, traeremos cuerdas y las lanzaremos a las copas de esos árboles. Será cuestión de trepar.

—Y dale, qué manía con trepar, que yo no sé...

—Si no estuvieras tan gordo, treparías como un mono.

—Pero es que yo no quiero ser como un mono. Sin embargo, estoy más fuerte que tú. Te lo voy a demostrar —dijo Iván, picado en su amor propio—. A que no eres capaz de levantar esta tapa de alcantarilla, ¿eh?

Y tiró con fuerza de la tapa que había junto a sus pies. Pero la tapa no cedía, parecía pegada al suelo, sin duda a causa del largo tiempo que llevaba sin ser destapada. Iván se puso rojo por el esfuerzo, pero, al fin, la tapa cedió y la levantó un palmo del suelo. Luego, la dejó caer de golpe. Un eco extraño y hueco repitió el sonido por las profundidades.

—Anda, prueba tú.

Teo lo miró sorprendido, con la boca y los ojos muy abiertos, con una expresión que igual podría parecer de sorpresa que de júbilo.

—Te has quedado alucinado, ¿eh? Para que te des cuenta de que no estoy gordo, sino hecho una bestia.

—No eres una bestia, sino un genio. ¡La alcantarilla! —gritó Teo—. La boca está junto a la tapia, así que, probablemente, conduzca al interior de la finca. Por ahí vamos a entrar.

—Sí, hombre, menuda guarrería.

Teo no lo escuchaba, o no le prestaba atención.

—Necesitamos una linterna. Seguro que ahí abajo no se ve nada.

Iván no parecía tan convencido. Su espíritu realista cortaba las alas a su imaginación.

—Aunque estés en lo cierto, podemos terminar debajo de la casa y no podremos salir, o en medio de jardín y entonces nos las tendremos que ver con el gigante y con los perros. ¡Menuda pinta de asesinos tienen esos bichos!

Por fortuna, el optimismo de Teo lo arrastraba.

—Ya se nos ocurrirá algo. Ahora vamos a mi casa en busca de una linterna.

Por el camino, a Teo se le ocurrieron mil ideas para salvar la situación.

—A mí el gigante no me preocupa. No será difícil burlar su vigilancia. El problema puede estar en los perros. Yo vi en una película que para entrar en una finca como esta soltaban una perra en celo. Los perros iban tras ella como locos y se olvidaban de lo demás. Seguro que con estos perros ocurriría igual.

—¿Y si son perras? —argumentó Iván con cierta sensatez.

—Tú siempre chafando las buenas ideas.

—Da igual, aunque sean machos, ¿de dónde vamos a sacar una perra en celo?

—En eso llevas razón. Además, tampoco sabemos si una perra está o no en celo. Tendremos que pensar en otra solución.

A Iván también lo alumbraban las ideas. Ese farolito que se prende en el cerebro cuando uno menos lo espera.

—¡Con pimienta! Los perros pierden el rastro si se les pone pimienta en el camino. Se les mete en la nariz y no les funciona el olfato.

Teo sonrió. La idea de su compañero le parecía muy acertada y divertida. Y cuando una idea surge, otras muchas florecen a su alrededor.

—En casa tengo polvos pica-pica —dijo Teo, muerto de risa.

Las imágenes que desfilaban por su mente debían de parecerle muy divertidas. Iván no tardó en contagiarse, y se unió a sus risas.

—¿Te imaginas un dóberman estornudando como si hubiera cogido la gripe?

Tanto debía de atraerles la idea, que echaron a correr, como si la impaciencia los empujara a ganar si no metros a la distancia, sí segundos al tiempo.

Cuando regresaron a la finca de Yang Xuan, se habían pertrechado de cuanto estimaron necesario para llevar a cabo su misión, que ignoraban hasta qué punto podría resultar arriesgada.

—Lo malo será si nos encontramos con los secuestradores. Seguro que no se andan con bromas —dijo Teo, preocupado.

Iván sacó una navaja de múltiples usos y la mostró con orgullo a su amigo.

—Yo tengo una navaja.

—Pues si los amenazas con el sacacorchos o con el abrelatas, seguro que les haces huir —se burló irónicamente Teo.

—Muy gracioso, pero algo es mejor que nada —respondió Iván, molesto.

—No te enfades hombre. Yo, por si las moscas, he cogido un tirachinas.

—Si es por si las moscas, podrías haber cogido un insecticida —ahora Iván devolvía la burla.

Se hallaban ya junto a la tapa de la alcantarilla. Ambos la miraron, pero ninguno se decidía a levantarla. Finalmente, Iván agarró la argolla y tiró con fuerza mientras gruñía:

—No, si ya sabía yo que me tocaría levantarla.

—Tú eres el más fuerte.

—Y tú el más cara.

Arrastró la tapa por el suelo y la dejó al lado de la boca del alcantarillado.

—Mejor así por si tenemos que huir. Iván, tú lleva el palo, que yo llevaré la linterna.

Esta sí le pareció a Iván una gran idea. Pero prefirió callárselo. Con el palo se sentía más seguro, y si Teo llevaba la linterna tendría que marchar delante.

Aunque llevaban unas cuerdas, no las precisaron, pues el pozo tenía peldaños hechos con barras de acero, por los que descendieron. No era muy profundo, según habían comprobado con la linterna. Así que pronto estuvieron en el fondo. En contra de lo que esperaban, dentro del alcantarillado no olía mal ni se veían ratas. No había ni una gota de agua.

—Esto está más seco que el desierto del Sahara. Quizá sea una alcantarilla vieja y sin uso y no conduzca a ninguna parte.

—Pues larguémonos —propuso Iván con rapidez.

—Espera, vamos a comprobarlo.

La alcantarilla, por suerte, no era un simple tubo, sino una galería subterránea. No una galería amplia por la que se pudiera caminar con comodidad, pero sí lo suficiente como para poderse adentrar por ella a gatas.

Después de dirigir el haz luminoso de la linterna hacia el fondo negro e ilimitado del túnel, comenzaron a avanzar por él con tanta lentitud como desconfianza.

—¡Puaf!, ahora empieza a oler mal —dijo Teo.

—Perdóname, es que se me ha escapado. Debe de ser por el miedo.

Tras unas decenas de metros, enfocaron la linterna y descubrieron que el túnel quedaba cortado por una pared.

—Nuestro gozo en un pozo, y nunca mejor dicho. Esta alcantarilla está condenada.

—Un momento, Teo, creo que es un recodo y que se desvía hacia la derecha.

Así era, con un suave giro el túnel continuaba hacia su derecha. Cuando llegaron al recodo, comprobaron que, más adelante, penetraban unos rayos de luz. No podían apreciar si era luz solar o artificial, lo que dejaba en suspenso cuál sería su situación, pero, al menos, la luz les prometía una salida.

Cuando alcanzaron el lugar por el que entraba la luz, encontraron un conducto vertical, en cuyo extremo se divisaba una gruesa rejilla de hierro. La profundidad allí era menor que en el pozo de entrada, por lo que les bastó incorporarse para tener la cabeza pegada a la rejilla.

—Anda, esto da al jardín. Claro, por eso está seca la alcantarilla, solo debe de recoger el agua de lluvia. Vamos a levantar un poco la rejilla para ver dónde nos encontramos y si hay algún peligro.

Con los hombros empujaron la rejilla, que cedió con facilidad. Solo la levantaron unos centímetros, lo suficiente para poder asomarse. Se encontraban al final de un largo camino, que conducía al caserón en que debía de vivir Yang Xuan. La cuneta que bordeaba el camino terminaba precisamente en el sumidero en que se hallaban.

—No hay ni rastro de los perros —dijo Iván.

—Mejor, vamos a prepararnos para salir.

Uno por otro, dejaron caer la rejilla, que produjo al golpear un leve ruido seco. Inmediatamente, empezaron a oírse unos fuertes ladridos.

—Ya se han dado cuenta los perros. Menudo oído tienen, y eso que les faltan las orejas.

—Por las orejas no se oye, sino por los oídos —sentenció Iván con suficiencia.

—Ya lo sé, era un chiste.

—Pues sí que estamos para chistes. No me gusta nada esta casa. Creo que todo aquí es muy raro.

Los ladridos se oían cada vez más cerca.

—Dame el pica-pica —pidió Teo.

—También he cogido pimienta, por si falla.

Levantaron la rejilla nuevamente y depositaron los polvos y la pimienta en el borde. Apenas les dio tiempo a bajarla, pues llegaron los dos dóbermans y se precipitaron sobre la rejilla ladrando y vertiendo su furia hacia el interior. Se oyó, lejana, la voz del gigantón, que los llamaba.

Los polvos pica-pica y la pimienta no hacían ningún efecto, pues los perros continuaban ladrando y amenazando a los chicos. Podían tocarse sus hocicos, que intentaban introducir por los huecos de la rejilla.

—Hay que soplar —dijo Teo.

Se pusieron a soplar con desesperación hacia los bordes del sumidero. Los perros, entonces, debieron de notar algo porque se apartaron haciendo extrañas muecas. Pero enseguida volvieron a su acoso.

—Dame un poco de pica-pica —pidió Teo.

Se lo puso en la palma de la mano, la acercó al hocico de los perros y sopló con fuerza. Parecía que su acción no tenía éxito, pero pronto los perros volvieron a hacer gestos extraños, se restregaron las patas con furia contra el hocico y lanzaron roncós gruñidos y violentos soplidos. Uno de ellos comenzó a proferir aullidos lastimeros y echó a correr sin parar de chillar. El otro lo imitó. Los dos amigos sonrieron entusiasmados por el éxito alcanzado.

—Vamos antes de que vuelvan.

Entre incontenibles estornudos, salieron con rapidez y colocaron la rejilla con uno de los extremos apoyado sobre el cerco, sin encajarla, para que aparentemente nadie pudiera sospechar y, sin embargo, no ofreciera dificultad para ser levantada en caso de precipitada huida. Un seto flanqueaba el camino hasta la casa. Se ocultaron detrás de él para que no pudieran verlos y corrieron agachados hacia el viejo caserón. Se detuvieron cuando les faltaban unos metros para alcanzar la puerta de entrada.

—Por ahí no, hay que buscar un sitio menos vigilado.

Pegados a la pared, fueron avanzando con cautela. Al fin, llegaron junto a una ventana entreabierta.

—Este es buen sitio para colarnos —aseguró Teo en un susurro.

Empujaron con cuidado una de las hojas. Pero cuando se disponían a entrar, les llegaron unas voces.

—¡Chist!, hay alguien —dijo Teo, que seguía llevando la voz cantante—. A ver si conseguimos oír lo que dicen.

Parecía una sola voz, la de un hombre que hablara consigo mismo, pero pudieron comprobar que se trataba de dos voces muy parecidas, casi idénticas. Al menos había dos hombres en la casa.

Tardaron en lograr captar parte de la conversación, y solo frases aisladas.

—Yang Xuan jamás saldrá a la calle —dijo uno de los hombres.

—Ni verá nunca más a nadie —añadió el otro.

Iván y Teo se miraron entre sorprendidos y asustados, temiendo lo peor.

—Es un poco duro, pero son las órdenes recibidas —lograron oír al que primero había hablado.

—Ordenes son órdenes, y nosotros solo tenemos que ocuparnos de cumplirlas mientras Yang Xuan viva —respondió el otro.

Iván miró a Teo.

—Por lo menos está vivo —le susurró al oído.

—Está claro que es un secuestro —concluyó Teo.

Oyeron una vez más a uno de los hombres.

—Vamos a hacer la ronda.

Teo hizo un gesto a su amigo.

—Ahora es el momento de entrar.

Y cuando se alejaron las voces de los hombres, los dos amigos se introdujeron por la ventana.

4

Encuentro con lo inesperado

La habitación en que se encontraban era grande, desangelada y tenebrosa. No había un solo mueble y la poca luz que la iluminaba era la que, también furtivamente, entraba por la ventana. Solo unas largas cajas de madera, cubiertas por el polvo persistente, se amontonaban en un rincón. Iván las miraba con cierto recelo.

—Parecen ataúdes —dijo con un hilo de voz.

Teo dirigió el foco de su linterna hacia las cajas y las recorrió escrupulosamente. En todas aparecía un rótulo negro de grandes caracteres.

—Si fueran ataúdes no pondría «FRÁGIL».

Pero Iván no era fácil de convencer.

—¿Es que los muertos no son frágiles? —preguntó.

—Cómo lo van a ser, ya todo les da igual. Esas cajas simplemente han contenido materiales delicados. ¿No lo entiendes? Creí que eras más valiente.

—Y lo soy, hasta ahora ni siquiera he temblado, pero estas cosas me producen una sensación extraña. Además, ¿por qué tenemos que meter las narices en este asunto del científico chino?

—Porque tenemos que probar si su máquina y nuestro ordenador pueden funcionar juntos. Si lo conseguimos, pasaremos a la Historia.

Iván se encogió de hombros,

—Yo no tengo ningún interés en pasar a la Historia.

Teo empezaba a desesperarse frente a los impedimentos de su amigo.

—¿No te gustaría que los personajes de nuestras historias tuvieran voz como en las películas?

—Hombre, eso sí.

—Pues entonces deja de poner tantas pegas y sigamos adelante.

Terminaron de abrir la puerta de acceso a la habitación, que estaba entornada como si invitara a traspasarla, y asomaron la cabeza por la abertura. Un largo corredor se extendía a ambos lados. No había rastro de ser humano alguno.

Teo señaló hacia la derecha.

—Tú ve por ese lado, yo iré por el otro. Cuando hayamos inspeccionado ambas zonas, volvemos a este punto y decidimos cuál es el camino que seguiremos.

A Iván la idea no debió de parecerle muy atinada, pues arrugó el entrecejo y respondió resueltamente:

—Ni hablar, por ahí no paso. Hemos venido juntos y juntos seguiremos. Si no, me vuelvo a casa.

—Está bien, cabezota. Iremos juntos, pero ¿hacia la derecha o hacia la izquierda?

Escogieron el camino de la derecha por simple intuición. A un lateral había un par de puerta cristaleras, que se encargaban de filtrar la débil luz que iluminaba el corredor. Tras los vidrios se translucían vagas figuras, aunque estáticas. Intentaron abrirlas con cuidado, pero se encontraban cerradas con llave.

Cuando llegaron al final del corredor, una última puerta les cerraba el paso. Giraron el picaporte con suavidad y la hoja se abrió sin dificultad. Al otro lado hallaron un gran vestíbulo, cuyo mobiliario estaba impregnado de un cierto sabor oriental. Con él comunicaban otras dos puertas, estas sí abiertas de par en par. Por una de ellas llegaban, lejanas, las mismas voces de antes.

—Ahí deben de tener a Yang Xuan —dijo Teo—. Ahora habremos de ir con más cuidado.

Caminaron de puntillas hacia el lugar de donde provenían las voces y se encontraron con un nuevo pasillo con puertas a ambos lados. Prosiguieron la marcha muy despacio, como si temieran despertar al propio silencio, que podía tocarse por momentos. Solo, de vez en cuando, lo rompía la ininteligible conversación de los dos hombres de voz idéntica.

Cuando llegaron frente a la primera de las puertas, pudieron comprobar que las voces procedían del interior de aquella habitación cerrada.

—Vamos a intentar escuchar lo que hablan —dijo Teo.

Pegó el oído a la robusta puerta. Los sonidos no llegaban suficientemente claros. Solo palabras aisladas, sin el menor sentido, incoherentes y ahuecadas. Iván tiró a su amigo de la manga.

—¿Qué dicen?

—¡Chist...! No consigo entenderlos. Espera un poco.

Pero al instante Iván volvió a tirarle de la manga.

—¿Qué quieres ahora? No me dejas oír.

—Es que me estoy meando.

Teo frunció el ceño y movió la cabeza de uno a otro lado con desesperación.

—Desde luego eres oportuno. Aguántate, eso son los nervios.

—Los nervios y el par de coca-colas que me he bebido en tu casa.

—Me da igual, te aguantas de todos modos.

En ese preciso instante la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre vestido al modo oriental. Teo e Iván quedaron sorprendidos y desconcertados. Durante unos momentos no

supieron cómo reaccionar, estaban petrificados por el miedo y la sorpresa. El hombre, al verlos, dio un grito.

—¡Intrusos!

Fue la señal para que los amigos escaparan a la carrera. Siguieron el pasillo y se metieron por la primera puerta que encontraron. Era una habitación llena de cachivaches, en cuyo fondo se divisaba otra puerta. Sin pensarlo dos veces saltaron sobre los trastos, muchos de los cuales derribaron con gran estrépito. Al fin, alcanzaron la puerta y la abrieron. Atrás se oía la voz enfurecida del hombre, que gritaba:

—¡A ellos, que no escapen!

La puerta comunicaba con un nuevo corredor, como si más que en una casa se encontraran perdidos en un desconcertante y endiablado laberinto que no condujera a parte alguna. Prosiguieron por el pasillo su alocada carrera. Cuando estaban a punto de alcanzar la puerta que había al final del mismo, esta se abrió y apareció de nuevo el hombre vestido de oriental. Pudieron apreciar vagamente su rostro que, sin lugar a dudas, no era el de un oriental, aunque lo desmintieran sus ropajes. «No, está claro que no es Yang Xuan —pensó Teo—. Tal vez intenta hacerse pasar por él. O simplemente es uno de los secuestradores que pretende despistar». No les quedó otro remedio que desandar el camino.

Saltaron de nuevo por encima de los cachivaches y regresaron al pasillo en que habían sido sorprendidos por el hombre. Y justo por la misma puerta surgió otra vez el falso oriental. Parecía que tenía la propiedad de desplazarse de un lugar a otro con el pensamiento o con la velocidad del rayo.

Sin dejar de correr, los amigos optaron ahora por una puerta diferente. Intentaron abrirla, pero estaba cerrada, y el hombre se acercaba peligrosamente. Corrieron hacia la siguiente y lograron abrirla. Penetraron con rapidez por ella y se encontraron en un gran salón, sin más iluminación que la cenital que, con la magia de una cascada, se derramaba desde una alta claraboya. Aunque débilmente, podía apreciarse el lujoso mobiliario, dentro del más puro estilo oriental. Entre toda aquella profusa decoración, con aspecto de museo, pudieron distinguir una puerta en el extremo opuesto.

Una voz a su espalda les gritó:

—¡Alto, deteneos!

Se volvieron y pudieron ver a su perseguidor: el hombre vestido de oriental.

—Vamos hacia aquella puerta —ordenó Teo.

Tuvieron que sortear diversos muebles, aunque tropezaron con otros. El ruido cristalino de la porcelana al estrellarse contra el suelo inundó el salón. La puerta estaba ya muy próxima. Pero en ese instante se abrió de golpe, como si un fuerte viento la azotara. En el marco se recortó la figura del falso oriental. Teo e Iván se quedaron perplejos. «¿Cómo ha podido dar la vuelta y aparecer en esta puerta solo en unos segundos?», se preguntaron ambos.

Al borde ya de la desesperación, se volvieron dispuestos a retroceder, mas en la otra puerta de la estancia estaba el hombre vestido de oriental. Era imposible. Paralizados en

medio de la sala, miraron a uno y otro lado. El mismo hombre se hallaba en dos lugares a la vez.

—¿Los coges tú, Joaquín José? —dijo uno de ellos,

—Te dejo a ti el honor, José Joaquín —respondió el otro.

Iván miró a su amigo y le dijo:

—Son gemelos.

—Eso parece. Están listos si pretenden cogernos.

Los hombres prorrumpieron en risotadas e iniciaron la persecución de los dos amigos. Por fortuna la habitación estaba llena de muebles y medio a oscuras, circunstancias que habrían de favorecerles. Los niños giraban alrededor de los sillones y las mesas, cuando no se escabullían entre sus patas. Numerosos objetos rodaron por el suelo con estrépito. Los falsos orientales empezaban a jadear, agotados por la persecución infructuosa. Optaron por detenerse.

—¿Puede saberse cómo habéis entrado aquí? —preguntó uno de ellos.

—Eso es un misterio. ¿Y vosotros podéis decirnos dónde está Yang Xuan?

Los hombres no respondieron. Parecía que el silencio se había adueñado de la situación. Solo se oía el jadear acompasado de los dos perseguidores. De repente, el salón se inundó de luz, a un tiempo que una voz hueca y metálica, como de ultratumba, se elevó en el silencio.

—Aquí estoy.

Teo e Iván se volvieron muy sorprendidos. Ahora la luz les permitía descubrir detalles que, anteriormente, les pasaron inadvertidos. En el fondo del salón, al pie del muro y sobre un gran estrado, había depositados varios cojines y, sobre ellos, se sentaba un hombre de rasgos y ropajes orientales. Su rostro era afilado, su pelo negro y cortado al estilo occidental y sus ojos rasgados y penetrantes. Tenía los brazos cruzados en el pecho.

Teo se dirigió a él para preguntarle:

—Entonces, ¿no está secuestrado?

Yang Xuan dibujó un gesto que bien podría ser una sonrisa.

—¿Secuestrado? ¡Qué tontería!

Extendió un brazo y señaló hacia ellos.

—Echadlos de aquí aunque sea a la fuerza.

Los hombres hicieron una reverencia y respondieron a dúo:

—Sí, honorable profesor.

Teo e Iván sintieron el desagradable escozor que provoca la ingratitud. Porque ingrata les pareció la actitud de la persona por cuya liberación se habían arriesgado.

—Tenemos que lograr salir de aquí y alcanzar la boca de la alcantarilla o estaremos perdidos. Creo que nos enfrentamos a una banda de malhechores —dijo Teo en voz baja.

—Sí, y Yang Xuan debe de ser el jefe —respondió Iván en igual tono.

La persecución se hizo más cruda e intensa. Los dos hombres, en vista de que no podían alcanzar a los niños, empezaron a lanzarles objetos, quizá para sembrar en ellos el desconcierto y aprovecharlo para atraparlos.

Cuando los niños se encontraban acorralados delante de Yang Xuan, uno de los objetos, en vuelo descontrolado, ascendió hacia la parte superior de la pared ante la que se sentaba el científico. Colgaban allí dos grandes espadas relucientes, quizá con más valor simbólico que ornamental. El objeto fue a estrellarse contra ellas, que, tras unas ligeras y amenazadoras oscilaciones, se desprendieron de la panoplia en que, sin demasiada estabilidad, se sustentaban.

Perseguidos y perseguidores se habían quedado quietos durante los breves instantes que duró la inesperada situación. Teo intuyó el peligro y gritó:

—¡Cuidado!

Pero su aviso llegó demasiado tarde. Una de las espadas cayó sobre Yang Xuan, con tan mala fortuna que le seccionó el cuello. El hombre se desplomó sin emitir el más leve quejido.

Los niños quedaron horrorizados. Los falsos orientales mostraban más contrariedad que espanto. Teo fue el primero en sobreponerse. Cogió la otra espada, que había caído a su lado, y la levantó con la firme resolución de quien está dispuesto a defenderse y acusó:

—¡Asesinos!, lo habéis matado.

Los falsos orientales soltaron una despiadada y estruendosa carcajada.

5

El elixir de la inmortalidad

Los niños, parapetados tras la espada que blandía Teo, temían lo peor de aquellos seres sin entrañas. Los nervios, o quizá un recurso instintivo para frenar y distraer a los hombres, hicieron que a Iván se le desatara la lengua.

—Por vuestra culpa nos hemos quedado sin comprobar si nuestro ordenador puede poner imágenes a las voces que capta la máquina de Yang Xuan. Podríamos haber hecho maravillas. Habríamos podido reconstruir el pasado, como una película histórica. Pero lo habéis estropeado todo.

Los hombres se miraban sorprendidos. Parecía que un sentimiento de miedo afloraba en sus rostros hasta entonces dominados solo por la burla y la jocosidad.

—¿Cómo sabéis vosotros de la existencia de la máquina? —preguntó uno de ellos.

Iván fue raudo en su respuesta:

—Lo sabe todo el mundo, viene en el periódico.

—¡Falso! —gritó el otro hombre mientras se les acercaba con disimulo—. Eso es un secreto que jamás trascendió de esta casa.

Los niños dieron un tímido paso hacia atrás, temiendo toparse con el cuerpo sin vida de Yang Xuan.

Iván continuó imparable:

—Y también la policía sabe que estamos aquí —mintió—. Si nos pasara algo, sería un crimen más que añadir a la muerte de Yang Xuan.

—¿Crimen, qué crimen? Aquí no ha habido ningún crimen.

—Eso lo dirá la policía en cuanto aparezca.

—La policía, ¡qué miedo! —y el falso oriental lanzó una carcajada, que a los niños se les antojó siniestra—. En todo caso, pensará que habéis sido vosotros que tenéis la espada.

Teo sufrió una sacudida y estuvo a punto de arrojar el arma. Parecía que de repente se había hecho más pesada y que su empuñadura abrasaba como si estuviera candente. Pero tuvo la entereza de blandirla amenazadoramente, a la vez que ordenaba:

—No deis un paso más.

En ese instante, un ruido sordo a sus espaldas los obligó a volverse. Daba la impresión de que la casa amenazaba con partirse en dos y destruirse. Esta sensación estaba justificada,

pues la pared que quedaba a sus espaldas se había abierto por su centro y sus mitades se deslizaban hacia los extremos cual gigantescas puertas correderas.

Una segunda pared de vidrio quedó al descubierto al retirarse la primera. Su imagen era similar a la de una gran pecera de emisora de radio o centro de grabación. Un nuevo mundo se ofrecía tras el cristal ante los atónitos ojos de Teo e Iván. Una mezcla entre salón y jardín, a modo de enorme invernadero, con inequívoco sello oriental, se extendía bajo el descomunal lucernario que inundaba de luz el recinto. El verdor de las plantas y el vivo colorido de las flores sembraban de vida el ambiente, en contraste con el del oscuro y casi sórdido salón en que se encontraban.

Pero no era este espectáculo, con toda su magnitud y belleza, lo que asombraba y paralizaba a los niños, no. Tras el cristal, en primer término, al alcance de la mano si no fuera por la invisible pared que los separaba, un hombre de rostro afilado y ojos rasgados los fulminaba con su mirada penetrante: Yang Xuan.

Dos jóvenes corazones galopaban al unísono en desenfadada carrera hacia lo increíble y aterrador, espoleados por el miedo y la sorpresa. Resultaba excesivamente repetitiva una nueva y exacta duplicidad de dos seres. Les cabría pensar en una similitud o parecido entre dos hombres de rasgos orientales, cuyas características no estaban acostumbrados a diferenciar. Pero no existía la menor duda, el nuevo Yang Xuan era absolutamente idéntico al que, momentos antes, había sido abatido por la accidental caída de unas espadas.

Hasta entonces habían eludido mirar siquiera de reojo el cuerpo inerte del chino que yacía a sus pies, o al menos el que suponían que permanecía a sus pies. «¿Y si no resultó herido y desapareció sin que nosotros lo advirtiéramos?», se preguntaban. «Por esa razón los falsos orientales habrían reído al acusarlos de asesinos», concluyeron.

Este nuevo e inesperado acontecimiento los obligó, más que animó, a bajar la vista y a enfrentarse con lo que habían imaginado una visión terrible. Mas el cuerpo sin vida de Yang Xuan permanecía tirado en el suelo con la espada clavada en el cuello. Sin embargo, el gesto de repugnancia y horror que los niños habían dibujado, adelantándose a la macabra visión de la sangre, tuvieron que borrarlo. Del cuello de Yang Xuan solo salían varios cables eléctricos.

—Sí, es solo un robot —confirmó la voz metálica y hueca de Yang Xuan, que procedía del mismo altavoz por el que antes hablara, únicamente que ahora resultaba más apreciable su situación: el cuerpo del robot, en el que se hallaba camuflado.

Teo, intrigado, le preguntó con decisión:

—¿Por qué utiliza un robot como doble?

Yang Xuan concentró en él su mirada.

—Esa explicación vendrá después. Antes deseo saber con exactitud qué noticias tenéis sobre mi máquina y mis investigaciones acerca de los sonidos del pasado.

—Las que todo el que haya leído el periódico esta mañana.

La expresión de incredulidad y sorpresa de Yang Xuan no pudo ser más sincera. Se dirigió a los falsos orientales.

—Luego es cierto. Eso se ha debido a alguna indiscreción vuestra.

Los hombres se mostraban nerviosos y asustados. Se miraron entre sí.

—Le juramos que no hemos sido nosotros —dijo uno de ellos.

—Yo..., bueno, solo se lo comenté a Pepín, pero sin entrar en detalles —confesó el otro.

—Tenía que ser obra de Pepín. Eres un estúpido indiscreto, José Joaquín —dijo Yang Xuan.

—Pero Pepín solo habla con sus perros, honorable profesor.

—Es igual quien lo haya contado, ya no hay solución, mi secreto ha sido revelado gracias a vuestra imprudencia. Dice el proverbio: «La prudencia no dice lo que hace, pero tampoco hace nada que no pueda ser dicho».

El nombre de Pepín para tal gigantón resultó paradójico e hilarante a Iván y Teo, que al oírlo, quizá porque habían superado la gran tensión sufrida o como consecuencia de la misma, rompieron a reír como si les hubieran contado un chiste divertido.

—¿Y a vosotros qué os hace tanta gracia? —preguntó el sabio chino.

Pero los niños no podían contener su risa nerviosa y, por tanto, tampoco contestarle.

—Está bien, calmaos y contadme con detalle eso que antes habéis apuntado sobre la posibilidad de unir vuestras imágenes a mis voces del pasado.

Habían llegado al punto que Teo tanto deseaba. Por eso y porque comenzó a sentirse más relajado, le explicó largamente sus trabajos y su idea, y concluyó:

—Si yo puedo crear historias mudas transmitiéndole órdenes verbales a mi ordenador y usted ha logrado un ordenador que es capaz de reproducir voces del pasado no programadas, podríamos unir ambos ordenadores y crear una especie de película en la que se mostrara lo que pudo ser la Historia.

Yang Xuan, más que interesado, parecía entusiasmado con la idea.

—Y algo más —dijo—. Si consiguiéramos lo que dices, no crearíamos historias sino que recrearíamos la Historia, la verdadera. Precisamente, mi gran problema es que capto palabras pronunciadas hace muchísimos años, pero que, por sí mismas, nada me dicen, resultan incomprensibles porque les falta el soporte de la imagen para que sean entendidas plenamente. Si tú fueras capaz de poner imágenes a esas voces, veríamos la realidad y podríamos incluso comprender los silencios que se producen en las conversaciones o por el paso del tiempo.

Teo no lo veía tan simple, y seguro que Yang Xuan tampoco, aunque parecía lleno de ensoñaciones.

—Hay un inconveniente —dijo Teo—. Mi ordenador no puede crear imágenes de la realidad, solo las que yo programo o le introduzco mediante fotografías. Luego nunca podríamos repetir lo que sucedió hace años.

El sabio chino quedó pensativo durante unos instantes. Al fin, comentó:

—Eso es cierto, pero creo que no habría problema con los hechos que me interesan, pues dispongo de grabados y dibujos de la época y de libros que los narran. Con ese material,

si es verdad todo cuanto me has dicho, estoy seguro de que, al menos, de ciertos sucesos de mi país, cuyos sonidos tengo perfectamente localizados, podríamos recrear lo que un día sucedió.

Iván, que había permanecido callado, rompió su mutismo.

—Pues si parece tan sencillo, ¿por qué no hacemos una prueba?

A Yang Xuan no debió de parecerle tan simple.

—No es posible, al menos con vuestra participación. Si queréis puedo intentarlo yo solo. Me dejáis el ordenador y me explicáis los pasos que debo dar y yo os mostraré los resultados.

Esta solución era inaceptable para los niños. Su grado de confianza no había llegado a tanto como para prestarle el ordenador. Y tampoco deseaban quedarse fuera del gran experimento por el que se habían arriesgado.

—Ni hablar —respondió Teo resueltamente—. Si no participamos en el trabajo, no cuenta con nosotros.

Yang Xuan extendió las palmas de sus manos hacia ellos.

—Está bien, está bien, quizá accedáis cuando os ponga al corriente de mi situación y de mis pretensiones. En primer lugar debéis saber que el motivo de que no podáis participar es porque tendríais que pasar a este lado del cristal en el que yo me encuentro.

Teo e Iván se miraron sorprendidos. No le veían mayor inconveniente a estar a un lado u otro de la gran pared de vidrio. Si Yang Xuan había pasado y podía pasar el ordenador de Teo, también ellos podrían hacerlo. Salvo que existieran otras razones que lo impidieran.

Yang Xuan prosiguió:

—Yo temo a la muerte más que a nada, o lo que es igual, amo la vida sobre todas las cosas y por nada me gustaría perderla. En mi país existe este adagio: «No hay lugar para la muerte en quien encuentra un sentido a la vida». Cabe darle otra interpretación, pero yo prefiero la literal: el rechazo a la muerte. Por eso temo a los numerosos peligros que acechan a los seres humanos: enfermedades, contaminación, accidentes... Por tal motivo hace años decidí aislarme del mundo exterior. Como habréis observado, vivo dentro de esta gran urna igual que un pez en su pecera. Aquí dentro las condiciones higiénicas son perfectas, el ambiente estéril y el aire que recibo está purificado, libre de gérmenes patógenos.

—¿Cómo en un incubadora para niños prematuros? —preguntó Teo.

—Mejor aún, pues aquí dentro no existe el menor peligro de contaminación ni de contagio de enfermedades. No hay lugar para bacterias ni virus. Todo está diseñado y controlado por mí a fin de que no pueda existir fallo alguno. Mi único contacto con el exterior es a través de mis servidores, José Joaquín y Joaquín José. Ellos se encargan de facilitarme los alimentos, previamente esterilizados, que componen mi equilibrada dieta. Mis condiciones de vida son tan perfectas, que espero vivir muchos años. ¿Qué edad creéis que tengo?

La pregunta no era sencilla para Iván y Teo, incapaces de calcular la edad de un adulto, máxime de diferente raza. Hicieron mentalmente una comparación con sus padres y abuelos.

—Cincuenta —dijo Teo.

—Más o menos —ratificó Iván.

Yang Xuan sonrió abiertamente por vez primera.

—Más de setenta —respondió con orgullo.

—Pero vivir así debe de ser muy aburrido —dijo Iván.

—No creáis, a mí me resulta divertido. Estoy sano y dispongo de todo el tiempo para dedicarlo a mis investigaciones, a seguir viviendo. Pensad que morir es dejar de vivir, pero dejar de vivir es otra cosa que morir.

Algo flotaba sobre las palabras de Yang Xuan que no acababa de convencer a los niños. Sin embargo, empezaban a comprender el porqué de la persecución de los gemelos.

—Pero en alguna ocasión no le quedará más remedio que tener contacto con el exterior, con alguien cuya visita no se pueda evitar: un pariente, un policía, un inspector de Hacienda...

—Para esos casos utilizo un robot de apariencia humana, como habéis tenido ocasión de comprobar. Hasta ahora nadie se había percatado de la suplantación. Mi duplicado es tan perfecto, que vosotros no habríais notado nada si no hubiera sido por el fatal accidente que provocó su destrucción. Ahora tendré que recomponerlo.

La curiosidad de Teo siempre lo empujaba a adentrarse en el fondo de cualquier cuestión o asunto.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con la búsqueda de sonidos del pasado?

—Mucho —respondió el científico. Y añadió—. La inmortalidad es mi meta, la única guía de mi vida, y sé por algunas leyendas que en mi país, hace muchísimos años, existió el elixir de la inmortalidad. Pero, por mucho que he buscado en los libros, no he conseguido saber su fórmula ni su procedencia, como si fuera un secreto celosamente guardado en la antigüedad para preservarlo de la ávida curiosidad de las generaciones venideras. Sí, parece un misterio indescifrable. En mi intento de dar con él, solo me quedaba indagar en la antigüedad. Con ese afán, he investigado y conseguido captar sonidos y palabras de esa época, pero estas me resultan tan confusas, que no soy capaz de descifrarlas. Creo que lo lograría si pudiera ver lo que sucedió por medio de imágenes. Si me ayudáis y consigo dar con el secreto del elixir de la inmortalidad, ese gran tesoro, os haré partícipes de él y podréis vivir eternamente.

—Eso no es posible —dijo Iván, que estaba llegando a la conclusión de que aquel hombre estaba loco—. Nadie puede ser eterno.

Teo pensaba igual que su amigo, y decidió apoyarle.

—Si hubiera existido ese elixir, todo el mundo conocería a las personas que lo tomaron.

Yang Xuan parecía molesto de que pusieran en duda algo de lo que estaba ciegamente convencido.

—Yo he oído mencionar el elixir de la inmortalidad en las conversaciones que he captado. Os lo demostraré si me ayudáis, ¿lo haréis?

Los niños no se fiaban. Todo este asunto podría ser solo una locura, e incluso en el mejor de los casos, al no intervenir personalmente, quedarían privados de disfrutar de la aventura de descubrir el pasado por medio de los sonidos.

—No, solo le ayudaremos si nos permite entrar en sus dominios y participar en el trabajo.

Yang Xuan no cedía con facilidad. Se veía con claridad que no deseaba ser invadido por extraños, o quizá realmente fuera su miedo a contaminarse o a adquirir alguna enfermedad.

—Para pasar a este lado del cristal tendríais que descontaminaros previamente.

—Estamos dispuestos a ello.

—Pero hasta ahora solo lo he hecho con los alimentos y objetos que mis servidores me han facilitado. Ignoro si la cámara de descontaminación que empleo ofrecerá peligro para los seres humanos.

—Correremos el riesgo.

Yang Xuan no era fácil de convencer, mas cedió al fin ante la posibilidad de quedarse sin encontrar la fórmula del elixir de la inmortalidad.

—Está bien, lo intentaremos, pero yo no me haré responsable de lo que ocurra. Traed mañana vuestro ordenador e iniciaremos la aventura juntos.

Teo e Iván se llenaron de alegría y de ilusiones. Se disponían a marcharse, pero, a pesar de todo, sentían recelo de cruzar delante de los servidores gemelos.

—No temáis, ellos os perseguían porque tienen órdenes mías de evitar que nadie entre en esta casa sin mi consentimiento. Pero son incapaces de haceros daño.

—Pues anda que si llegan a ser capaces... —respondió Iván.

Yang Xuan volvió a sonreír.

—No os preocupéis, os acompañarán hasta la salida y mañana os estarán esperando para facilitaros la entrada. Por cierto, me gustaría saber cómo habéis logrado entrar.

Iván y Teo se miraron y respondieron a dúo:

—Mañana se lo explicaremos.

6

Los dominios de Yang Xuan

A Teo no le resultó fácil convencer a su padre para que lo dejara llevar el ordenador a casa de Yang Xuan. Al principio le costaba creer que los niños hubieran logrado entrevistarse con el científico chino del que hablaban en el periódico. Cuando admitió esto, se empeñó en acompañarlos, pues no le agradaba que se metieran en esa clase de aventuras. Y eso que Teo había preferido silenciar las peripecias que les supuso entrevistarse con el científico.

—No, papá, tú solo nos llevas en tu coche hasta la puerta de la finca de Yang Xuan. Compréndelo, es un asunto nuestro. Daremos mala impresión si vamos acompañados. No nos va a pasar nada.

—No sé, no me quedo tranquilo. Aún sois muy jóvenes.

Iván, que se hallaba presente, echó un cable a su amigo.

—Además, a Yang Xuan no le gusta recibir visitas, nos lo ha dicho.

—Es cierto, papá. Podríamos echarlo todo a perder, y nos hace tanta ilusión... Cuando hayamos terminado, te llamamos y vas a recogerlos.

El padre, como un monte desarbolado frente a la erosión del viento persistente, poco a poco fue cediendo.

—Está bien, pero al menos me presentaréis a Yang Xuan.

Esta objeción puso un poco nerviosos a los amigos.

—No, no será posible es que... el profesor nunca sale de su laboratorio. Como tú cuando te encierras en el despacho.

—Manías de viejo —añadió Iván.

El padre de Teo lo miró con fingido enojo.

—¿Cómo, me estás llamando viejo?

—No... no, qué va —tartamudeó Iván—. Me refería al profesor.

—¿Por qué le llamáis profesor, acaso es catedrático o se dedica a la enseñanza?

—No sabemos, es que así le llaman sus servidores. Bueno, papá, ¿nos vas a llevar o no?

El padre de Teo volvió a pensarlo, y al final claudicó.

—Bueno, mañana domingo os llevaré, pero si a las dos no me habéis llamado, me presentaré a buscarlos.

Lo habían conseguido. Llevaban parte de la noche del sábado tratando de convencerlo y preparando los programas, el ordenador y sus numerosos accesorios. Por suerte, Teo había

conservado las cajas originales y, así, les resultó más fácil embalarlos. Para el domingo solo faltaban horas.

—Mira que si es verdad lo del elixir y nos hacemos inmortales —dijo Iván.

—Sería una pasada, ¿no? ¡Libres de cualquier enfermedad!

—Hombre, de vez en cuando no viene mal cogerse una gripe y faltar una semana al cole

—Si lo miras así... —respondió Teo—. Pero tendría la ventaja de que nunca envejeceríamos.

—No sé, creo que no me gustaría ver cómo envejecen nuestros hermanos y amigos mientras nosotros nos mantenemos jóvenes. Además, imagínate que nos quedáramos siempre en la edad que tenemos. Condenados a ser siempre niños. Toda la vida soportando que nos manden. Yo quiero ser mayor y poder dar la lata a mis hijos diciéndoles lo que está y no está bien y lo que deben o no hacer, y ganar dinero para poderme comprar cuantos pasteles se me apetezca.

Teo se quedó un poco desinflado con los razonamientos de su amigo.

—Desde luego, Iván, contigo no hay manera de soñar, chafas todo.

Pero Iván apenas le escuchaba, algo debía de rondar por su cabeza. Al fin, lo soltó:

—Mira, Teo, que Yang Xuan tome el elixir si quiere, pero mejor que nosotros sigamos siendo mortales.

Teo soltó una carcajada.

—¿Tú crees que va a encontrar la fórmula de un elixir que haga al hombre inmortal? Eso es imposible. Inmortal solo es Dios.

—¿Y cómo crees tú que Dios lo consiguió?

El realismo de Iván acababa de manifestarse de nuevo.

Amaneció. Los primeros cantos de los mirlos en el jardín bastaron para despertar a Teo. Consultó su reloj y comprendió que aún no era hora de sacar a su padre de la cama. De mejor humor los llevaría si estaba descansado. Se vistió y dio un repaso a todo el material que habrían de llevar consigo a casa de Yang Xuan.

A las nueve sonó con timidez el zumbador del portero automático, apenas un leve toque, pero suficiente para que Teo abriera la puerta a su amigo Iván I el Madrugador, como le llamaba su padre.

Cuando se levantó su padre, Teo estaba desayunado, vestido y con los paquetes en la puerta del garaje. Iván había vuelto a desayunar, según aseguraba, por culpa de los nervios.

Llegaron a la finca de Yang Xuan cuando aún no eran las once. Teo pulsó el botón del vídeo-portero con cierto miedo y nerviosismo. Temía que su padre se empeñara en pasar a saludar al profesor y los servidores no lo dejaran. Eso podría suponer que desconfiara y no les permitiera quedarse. Tampoco sabía si el profesor habría cambiado de opinión ni cómo serían recibidos.

La voz de uno de los gemelos sonó a través del altavoz.

—En seguida abrimos.

A los pocos minutos apareció tras la cancela el descomunal cuerpo de Pepín. Traía los perros con bozales y sujetos mediante correas.

La llave provocó el chirriante cántico de la cerradura. El gigantón tiró de la puerta mientras decía:

—Pasen. Ahora viene José Joaquín, o Joaquín José..., bueno, es igual. Ahora viene uno de ellos para acompañarlos.

Difícil era saber cuál de los gemelos había acudido. Tan iguales eran, que posiblemente incluso ellos mismos se confundían cuando se miraban al espejo. El gemelo hizo una reverencia muy al estilo oriental y dijo al padre de Teo:

—Hemos visto que acompañaba a los niños y hemos supuesto que será el padre de uno de ellos. El profesor se sentirá muy honrado si pasa a saludarlo, honorable señor.

Teo e Iván se quedaron muy sorprendidos. Jamás habrían esperado este recibimiento. Teo captó la sonrisa de suficiencia con que su padre lo miraba. «Veremos si sigue sonriendo cuando vea a Yang Xuan dentro de su urna de cristal», pensó con miedo.

Recorrieron el largo camino que serpenteaba por el jardín, donde las plantas y arbustos crecían a su capricho. Resultaba evidente que si Pepín era el encargado de su cuidado, pocas dotes de jardinero poseía. De todos modos, la finca tenía la belleza de lo natural y salvaje. Pasaron junto a la rejilla por la que hicieron su entrada el día anterior. Aún permanecía levemente levantada por un extremo. Pepín la encajó adecuadamente dentro del cerco y comentó:

—No comprendo cómo se ha podido levantar esta rejilla. Esto es cosa de los perros. No lo entiendo, con lo que pesa...

Para él continuaba siendo un misterio cómo los niños habían logrado burlar su vigilancia y entrar en la casa el día anterior. Uno de los hechos causantes de la reprimenda que había recibido. El otro, haberse ido de la lengua con el periodista.

En la puerta del caserón los esperaba el otro gemelo. El padre de Teo miró al hombre que caminaba a su lado con la caja del ordenador para cerciorarse de que no era el que sonreía desde la puerta de la casa. Observaba a ambos con cierto estupor.

—Buenos días —dijo el gemelo de la puerta—, el profesor los espera.

Pasaron del vestíbulo al salón, parte del camino que habían recorrido el día anterior, solo que de un modo más directo, sin la desagradable sensación de encontrarse en un laberinto sin salida.

Un nuevo hecho vino a sorprenderlos: sentado sobre los cojines se encontraba Yang Xuan. Su postura era la misma del día precedente. Los niños observaron con disimulo su cuello, que no presentaba el menor rastro del corte sufrido. Era, por tanto, el profesor. Pero cómo se habría decidido a abandonar su pecera, se preguntaron.

Yang Xuan se levantó e hizo una reverencia, que el padre de Teo imitó con torpeza.

—Bienvenido a mi humilde casa. Es para mí un honor que su hijo y su amiguito compartan conmigo su sabiduría —dijo, señalando con la mano a Teo, y antes de que su padre pudiera contestar, añadió— ¿Que cómo sé que es su hijo?, porque es el que tiene mayor expresión de timidez y temor, una reacción propia de los hijos en presencia de sus padres.

«A este no se le escapa una», pensó Iván.

El padre de Teo, debía de haberse contagiado del ceremonial oriental, pues respondió:

—También me siento honrado de que disfruten de sus enseñanzas, honorable profesor.

A Teo le dieron ganas de susurrarle: «No seas cursi, papá». Pero se contuvo.

Tras concretar sin objeciones la hora en que pasaría a recoger a los niños, el padre se despidió de Yang Xuan, con quien intercambió profundas reverencias. Teo, sin saber por qué, se sintió aliviado con su marcha, a pesar de que su padre le inspiraba seguridad.

En cuanto se quedaron solos, la pared del fondo volvió a abrirse y apareció el enorme vidrio que cerraba los dominios del profesor. Nada había cambiado desde el día anterior. La impresión de paz que existía en el interior pudieron saborearla sin los miedos que le impedían cualquier sensación en su primera visita.

Yang Xuan les pidió:

—Id con José Joaquín hacia la cámara de descontaminación.

Esta indicación les extrañó. Qué sentido tenía ya descontaminarse si Yang Xuan se encontraba fuera de su urna, pensaron. ¿No sería algún truco que encubriera alguna mala pasada? La desconfianza volvía a cernirse sobre ellos, ensombreciéndolos con sus negras alas. Pero la calma tornó desde el otro lado del cristal: Yang Xuan había aparecido sonriendo. El chino que permanecía a su lado y que había hablado con el padre de Teo no era sino un robot.

—Como comprenderéis, no iba a tener un solo robot. Incluso las más perfectas máquinas fallan a veces, por lo que hay que estar preparados para la eventualidad —explicó el profesor.

La cámara de descontaminación consistía en un pequeño recinto, con una puerta hacia el salón y otra hacia los dominios de Yang Xuan. Teo fue el primero en entrar. Se cerró la puerta y, a los pocos instantes, tuvo la sensación de que flotaba como un astronauta en pruebas de ingravidez. Sin embargo, sus pies permanecían fijos al suelo. Luego, un extraño olor, fuerte y penetrante, aunque tolerable, inundó el recinto. Siguieron unos juegos de luces extrañas, más movidas y deslumbrantes que las de una discoteca en noche de sábado. En breves segundos, volvió la quietud inicial. Una de las puertas se abrió y Teo salió fuera, aunque no sabía bien por cuál de ellas. Al ver a Iván con el rostro tenso y pálido y la nariz pegada al cristal, comprendió que ya se hallaba en los dominios de Yang Xuan. Teo lo animó con un gesto a que pasara.

Iván, en cuanto pudo, se introdujo en la cámara, quizá con el afán de descubrir las sensaciones que había sentido su amigo, quizá con el miedo de quien teme quedarse aislado en una situación que no le complace. Nunca se supo, pues se guardó bien de expresar sus sentimientos.

A continuación, recogieron sus paquetes, que habían sido introducidos por los gemelos en la máquina descontaminante.

Su primer descubrimiento fue comprobar que la voz de Yang Xuan era más dulce y melódica, más acariciadora que la metálica que hasta entonces habían oído a través del altavoz, escondido en el robot.

El profesor los condujo hacia su laboratorio, situado a un lateral del salón y oculto a la vista por un macizo de plantas. Los niños miraron arriba, a la cúpula de cristal que bañaba de luz la estancia, y descubrieron el conjunto de antenas parabólicas que la circundaban. Iván comentó:

—Es usted muy aficionado a la televisión, ¿eh?

Yang Xuan sonrió.

—En absoluto. Son las antenas encargadas de captar sonidos de otras épocas. Cada una recoge un tipo concreto de tono y amplitud, lo que me permite clasificarlos en una primera fase.

Teo e Iván lanzaron un «Ahhh...», pero no quedó muy claro si habían entendido al profesor.

—Luego, aumento los sonidos con mi máquina y los grabo a fin de que un ordenador especial que he creado se encargue de su clasificación definitiva y de su reproducción.

Iván no parecía asombrado, por el contrario, lo veía todo muy simple y natural, y así se lo comentó a Teo:

—Parece fácil, ¿verdad?

—Sí —respondió el profesor—, a pesar de ello me ha costado más de veinte años conseguirlo. Bien, estoy seguro de que estáis ansiando presenciar una prueba.

La máquina tenía aspecto de ser muy sofisticada. Sus numerosos indicadores, botones, clavijas y otros accesorios no identificables hacían pensar en un manejo especializado y complejo. A Teo le sorprendió que el ordenador no dispusiera de pantalla como suele ser habitual, aunque sí de un teclado más amplio que el de todos los ordenadores que conocía.

El profesor hurgó en su sinfín de botones y teclas, se encendieron múltiples pilotos y soplaron los ventiladores que se encargaban de refrigerar el complicado equipo.

—Los sonidos que vais a escuchar no son captados en este momento. Corresponden a los que durante meses he logrado clasificar y que, una vez identificados, grabé porque pertenecen a la época que me interesa. Una época que tengo perfectamente localizada en antiguos escritos, en los que se habla del elixir de la inmortalidad, pero que no dan noticias sobre su composición ni de la forma de obtenerlo. Escuchad.

Yang Xuan pulsó un nuevo botón y la máquina comenzó a reproducir unos sonidos extraños e ininteligibles, separados por largos intervalos de silencio. Los niños se quedaron muy sorprendidos y decepcionados.

—No se entiende nada —dijo Teo.

Iván, recurriendo a una frase hecha y sin pensar lo que decía, añadió:

—Parece chino.

—Es chino —aclaró sonriendo el profesor—. Pero aunque supierais chino, tampoco lo entenderíais. Corresponde a un dialecto primitivo que he logrado comprender después de muchos estudios.

Teo e Iván pensaron que mal iban a poder realizar lo que se habían propuesto si ni siquiera eran capaces de entender las palabras que repetía la máquina. Yang Xuan pareció adivinar sus pensamientos.

—No os preocupéis, el ordenador se encuentra programado para traducir a vuestro idioma todas las palabras que tiene grabadas. Os lo demostraré.

Pulsó un nuevo botón y el ordenador comenzó a repetir lo anterior, solo que con palabras ya comprensibles. A pesar de ello, resultaba inimaginable lo que sucedió en la época en que se pronunciaron aquellas palabras. Sería necesaria una imagen que las ilustrara, dado su espaciamiento, que producía grandes vacíos para la comprensión.

—Aquí comienza vuestra tarea. Estudiad qué podéis hacer, pues yo me encuentro tan perdido como vosotros.

La Reina Madre del Oeste y las terribles bestias

Teo, con la ayuda de Iván, montó rápidamente su equipo. Una vez comprobado su funcionamiento, pasaron a inspeccionar el de Yang Xuan, quien les explicó detalladamente su manejo. Los niños comprendieron que no iba a resultar tan fácil como habían imaginado unir voz e imagen.

Después de analizar las diferentes posibilidades que se les ofrecían, Teo preguntó:

—¿Sería posible unir los dos ordenadores de forma que, a la vez que su ordenador reproduce las palabras, el nuestro las reciba por cable?

—No veo inconveniente —respondió Yang Xuan.

Teo quiso explicar su idea:

—De ese modo, nuestro ordenador recibirá unas señales que traducirá a imágenes y que coincidirán con las palabras que reproduzca el suyo. Igual que si se tratara de una película.

Iván no veía todo tan sencillo. Su mente realista impedía que se dejara llevar por precipitados optimismos, en contraste con Teo, siempre dispuesto a dejarse mecer por las suaves olas de los sueños.

—Nuestro ordenador no podrá reproducir unas imágenes que desconoce. Quizá en lugar de un chino de hace miles de años nos aparezca en pantalla un extraterrestre.

Teo no quería desmoralizarse por las objeciones de su amigo.

—Podemos introducirle dibujos de chinos —argumentó.

Pero Iván no resultaba fácil de convencer.

—Y aunque así hiciéramos, solo ejecutaría los movimientos que indicaran las voces de los personajes, pero ¿qué ocurriría con los silencios?, porque lo que hemos oído está lleno de silencios.

Silencio es lo que produjo en Teo este comentario de Iván. Reconocía que llevaba razón. Sí, ellos podrían marcar los movimientos al ordenador, pero no era lo que buscaban, ni tampoco reflejaría la realidad de la historia.

—Pero hay ruido de fondo —dijo Teo, brillando en sus ojos la chispa de las ideas repentinas.

—Con ese ruido a lo mejor nos aparece en pantalla una carrera de motos. Ese ruido es del altavoz, que estará un poco cascado —respondió Iván.

Yang Xuan había optado por permanecer callado mientras los dos amigos centraban sus ideas y confrontaban sus pareceres. Pero decidió intervenir, quizá picado en su amor propio por lo del altavoz cascado.

—No es ruido de altavoz. Son sonidos captados junto con las palabras. Pueden que sean ambientales o simples interferencias de sonidos más lejanos en el tiempo, pero no de mi equipo, cuya bondad de sonido es inmejorable.

Teo ya creía tener la solución.

—Si fueran sonidos ambientales, tal vez nuestro ordenador pudiera interpretarlos. Es cuestión de que se aumente el volumen para que al ordenador le llegue mayor señal.

—En eso no hay problema, puedo aumentar la señal a voluntad.

Iván hacía gestos de duda con la cabeza. No, no estaba demasiado convencido de lo que sugería su amigo.

—Bueno, ¿por qué no probamos de una vez a ver qué pasa? Profesor, necesito algunas fotos o dibujos de personas y motivos orientales para introducirlos en el ordenador —pidió Teo.

Yang Xuan se dirigió a la librería que ocupaba el fondo de su laboratorio y cogió un par de libros comidos por el tiempo.

—Mejor aún, estos libros están bellamente ilustrados con imágenes que corresponden a la época que nos ocupa —dijo, a un tiempo que les entregaba los libros.

Los niños quedaron maravillados por la belleza de las ilustraciones. A Iván le sorprendió la alta calidad de colorido en unos libros tan antiguos.

—Son dibujos originales, realizados hace siglos por uno de los más acreditados pintores de mi país. Estos libros son ejemplares únicos que han llegado hasta mí, de generación en generación, a través de mis antepasados.

Teo e Iván trasladaron al ordenador, mediante el lector de imágenes, todas aquellas auténticas obras de arte. Ya había personajes, motivos y paisajes suficientes para componer la más completa historia. Solo restaba por saber si el experimento funcionaría.

Unieron los ordenadores por medio de un cable. Teo tecleó todos los comandos que activaban el programa e hizo las oportunas correcciones. Yang Xuan ajustó la señal a la máxima potencia y rebobinó la grabación hasta el principio. Solo faltaba la orden de adelante.

En cuanto Yang Xuan pulsó el botón que ponía en marcha la operación, seis ojos quedaron prisioneros en la pantalla del PC de Teo. Pero el desencanto acabó con la expectación reinante. Solamente aparecían rayas oscilantes y niebla persistente en la pantalla. Por los altavoces del equipo de Yang Xuan escapaba el ruido de fondo, ahora con mayor intensidad, como el molesto zumbido de un enjambre de abejas.

Teo apagó su ordenador y volvió a encenderlo. Volcó el programa en pantalla y tecleó unas correcciones.

—Claro —fue su único comentario.

Para Yang Xuan e Iván el asunto no parecía tan claro.

—Volvamos a intentarlo, profesor —pidió Teo.

Nuevamente Yang Xuan rebobinó la grabación y puso en marcha el equipo. Tras unos breves parpadeos, en pantalla aparecieron unas bellas imágenes. El ruido de fondo parecía que ahora encajaba con las imágenes del monitor, como si formara parte de la propia escena. Al profesor se le iluminó la mirada. Sin embargo, para los niños esto no significaba nada. Podría ser una más entre las muchas imágenes que anteriormente habían sacado a pantalla. El resultado decisivo solo se sabría cuando se oyeran las primeras palabras.

—Veamos qué sucede —propuso Yang Xuan, indicando a los niños que tomaran asiento.

Ocuparon los cojines que el profesor había situado frente al monitor y prendieron los tres su mirada en la pantalla.

Una montaña resplandece, tal que brillara con luz propia, sobre el conjunto del paisaje. Parece que el Sol derrama de un modo especial sus rayos sobre ella, como si quisiera resaltarla de todos los campos y montes circundantes.

—Es la montaña Yushan. Vuestro ordenador a través de los sonidos de ambiente ha escogido la imagen real del paisaje en que sucedió esta historia —exclamó con alborozo Yang Xuan.

Pero los niños no estaban tan seguros. Simplemente, podría ser obra del azar caprichoso. Sin embargo, en el ruido de fondo les pareció distinguir algún trino, como cuando los pajarillos saludan el paso de otra gran ave amiga.

Un pájaro cruza bajo la limpia cúpula celeste. Dirige su leve vuelo hacia la cumbre de la montaña, sobre la que se yergue un bello palacio.

—Es el palacio de Xi Wang Mu, la Reina Madre del Oeste, estoy seguro —interrumpió de nuevo Yang Xuan con alegría casi infantil.

El pájaro se posa sobre la rama más baja de uno de los durazneros que adornan el hermoso jardín que circunda al palacio. Sus plumas son verdes, con una tonalidad y brillo que parecen arrebatados a la esmeralda, su cabeza presenta el intenso rojo del rubí, y en ella parecen incrustados los ojos, negros como el fondo de la noche.

—Este pájaro ha de ser Qingniao, el mensajero de la Reina Madre del Oeste —trató de adivinar el profesor.

Llegan dos nuevas aves, idénticas a la anterior, y se posan en ramas contiguas del duraznero. Una trae en su pico una fruta roja y jugosa, que atestigua su madurez. El otro sujeta con una de sus patas un vaso de jade, del que se derraman, como lágrimas de alegría, gotas de agua cristalina.

Una mujer de indescriptible y serena belleza, con apariencia de diosa inalcanzable, surge del palacio y se dirige con paso firme y majestuoso hacia el duraznero. Los tres pájaros, como polluelos que reclaman la comida, aletean con ansiedad cuando descubren su presencia.

—¿La Reina Madre del Oeste? —preguntó Iván, metido ya en la historia.

—Sí —respondió Yang Xuan, sin apartar los ojos del monitor, y añadió—. Bueno, eso creo.

Uno de los pájaros, se deja caer con suavidad y deposita el vaso de jade sobre la mano de la hermosa mujer.

—Gracias, Shaoli, por esta agua de la fuente que alimenta el Estanque de Jade, con la que cada mañana me refrescas.

Habían llegado las primeras palabras. El movimiento de los labios de la mujer había coincidido, sincronizado a la perfección, con sus palabras, como si la visión fuera real o correspondiera a una película transmitida a través del monitor. Los niños y el profesor dibujaron gestos de alegría.

—¡Funciona! —gritaron a coro.

Otro de los pájaros, con la ligereza de una pluma a merced del viento, llega hasta la mano extendida de la mujer y le entrega la fruta roja.

—Te agradezco, Dali, el primer alimento con que cada día me obsequias.

El tercero de los pájaros vuela hacia la mujer y se posa en su hombro.

—¿Y tú, Qingniao, mi fiel mensajero, qué noticias me traes esta mañana?

El pájaro abre su pico, como si fuera a derramar una hermosa melodía, y dice:

—Las gentes continúan felices y contentas y dándote gracias, Xi Wang Mu, porque aseguras el encierro de todas las bestias que hicieron desgraciado al ser humano en lejanos tiempos de desventura.

—Saben que no me han de agradecer lo que es responsabilidad concedida por el Soberano del Cielo: guardar el elixir de la inmortalidad y vigilar las tres cuevas del monte Kunlun en que se encuentran reclusas todas las bestias que practican la crueldad y transmiten plagas y enfermedades. Es al Soberano del Cielo a quien han de mostrar su gratitud.

—¿Habéis oído? —dijo Yang Xuan, exultante de alegría—. Ella tiene el elixir de la inmortalidad y quizá podamos ver cómo lo prepara, pues por sus palabras, que más adelante oiréis, no queda claro cómo lo obtiene.

Iván, antes de que pudieran surgir dudas, prefirió dejar las cosas sentadas desde el principio:

—Nosotros no queremos ser inmortales, que quede claro.

Teo, sin embargo, tenía sus dudas.

—¿Y no se podría ser solo un poquito inmortal? —preguntó.

Yang Xuan se echó a reír y dijo:

—Se es inmortal o no. La inmortalidad es como el agua pura, que deja de serlo en cuanto los primeros labios beben de ella. Ser solo un poco inmortal es ser mortal, ¿comprendes?

Claro que comprendía. El razonamiento del profesor era aplastante. Pero también los que su amigo Iván había defendido el día anterior. De momento prefería esperar los

acontecimientos antes de tomar una decisión final. Porque, pensaba, ser niño para la eternidad ¡menuda faena!

Un nuevo pájaro pasa volando cerca de la Reina Madre del Oeste. Posee tres patas de afiladas garras y el Arco Iris en su plumaje. Vuela como si no volara, sin esfuerzo, como si una nube hubiera tomado la forma mágica del ave.

—De este pájaro dicen los escritos que es incansable y de vista muy aguda. Por esa razón vuela de día y de noche sobre el palacio para vigilarlo. Es una especie de guardián —explicó Yang Xuan.

El pájaro de tres patas continúa su vuelo y planea sobre un monte que contrasta con la exuberante vegetación del resto del paisaje. Lo conforman grandes rocas y tierras oscuras, en las que se abren lóbregas grutas. Se oyen voces quejumbrosas y chillidos. El pájaro se detiene sobre la gran piedra que tapa la boca de una cueva, de la que brotan los gemidos. Se trata de una puerta de piedra. Una pequeña ranura entre ella y la pared de la boca de la cueva permite la entrada de aire y la salida de los lamentos.

—Sácanos de aquí —pide una voz desde el interior de la cueva.

Otras voces se suman a la desgarradora súplica.

—No puedo —responde el pájaro—, si lo hiciera, provocaría grandes desgracias a las personas, pues las atacaríais y les transmitiríais enfermedades, que producirían peligrosas epidemias.

—Sácanos de aquí —insisten las voces.

—No, es imposible, causaría el enojo del Soberano del Cielo, que fue quien ordenó encerraros en estas cuevas.

Las voces continúan con sus quejas lastimeras. Una de ellas insiste.

—Respiramos con dificultad aquí dentro. Al menos, abre un poco más la ranura por la que nos entra el aire.

—No puedo, de verdad —repite el pájaro, cuya voz se entenece con las quejas.

—Por favor, sabemos que tienes fama de bondadoso.

—No, no es posible. Además, para agrandar un poco la ranura tendría que abrir la puerta, y la llave de piedra la guarda celosamente la Reina Madre del Oeste.

—Quítasela. Solo será durante unos momentos.

—No, de verdad que no puedo. Además, cuando abriera, aprovecharíais la oportunidad para escapar.

—No lo haremos, descuida, te lo prometemos. Solo un poco más de aire, por favor.

—Está bien, pero recordad que lo habéis prometido.

El pájaro vuela hacia palacio y entra por una de las ventanas. La Reina Madre del Oeste ha regresado al interior y se ha quedado dormida. El pájaro de tres patas se acerca silenciosamente a un cofre de jade, lo abre y saca una enorme llave de piedra, que sujeta con una de sus patas. Vuela con dificultad por el excesivo peso de la llave, pero logra llegar a la puerta de piedra.

—Voy a abrir, pero no os acerquéis, lo habéis prometido.

Abre solo un poco la puerta, pero, apretujándose, escapan de inmediato las más terribles bestias: un zorro de tamaño increíble, una serpiente de cerca de veinte metros de longitud, un gigantesco jabalí, un ave con nueve cabezas y de aspecto terrible, una especie de buey de rostro humano, una extraña fiera de piel escamosa, un rocho de cuerpo tan descomunal como sus alas...

El pájaro intenta vanamente detenerlas. Asustado por lo que ha hecho, huye hacia las montañas en busca de refugio en la arboleda. Qingniao, el pájaro mensajero, lo ve y, extrañado, acude para ver qué ha sucedido. En cuanto descubre a las bestias en libertad, vuela con rapidez hacia el palacio y se posa junto a la Reina Madre del Oeste. Picotea su cuerpo hasta que logra que despierte.

—¿Qué sucede, Qingniao?

—El pájaro de tres patas ha abierto la puerta de una de las cuevas y han escapado las bestias.

La Reina Madre del Oeste monta en cólera y corre hacia el cofre en que guarda las llaves.

—¡Pobre Humanidad! Ha de haberme quitado las llaves mientras dormía. Por fortuna solo ha cogido una, si no el desastre sería aún mayor e irreparable. Que el pájaro de tres patas sea buscado y encarcelado por el delito que ha cometido.

—Así se hará —respondió Qingniao.

—Llama también a Tenggen y Qiongqi y que, junto con otros pájaros que consideren tan rápidos como ellos, salgan en persecución de las bestias y las conduzcan de nuevo a su encierro.

—No lo consiguieron —dijo Yang Xuan, y añadió. Dicen los libros que las bestias, en cuanto se hallaron en libertad, se dispersaron por los campos y desaparecieron. Tenggen y Qiongqi, junto a diez pájaros tan veloces como ellos, las buscaron inútilmente durante muchos días, hasta que, agotados, tuvieron que regresar al palacio de la Reina Madre del Oeste.

Los niños se hallaban vivamente interesados por el tema. De ahí su contrariedad cuando la pantalla quedó en negro, sin imagen alguna.

—¿Qué ocurre? Ha dejado de funcionar. Algo falla —dijo Teo.

—No sucede nada. Las palabras que siguen no tienen valor alguno. La palabra es bella, pero cuando expresa menos que el silencio, mejor que la lleve el viento. Esa es la razón de que no haya grabado lo que sigue. Además, Teo, tu padre estará a punto de llegar para recogeros y sería una descortesía hacerle esperar.

—Si apenas hemos visto nada... —protestó Iván.

—También a mí me habría gustado ver la siguiente historia, pero se nos ha ido la mañana en preparativos. La próxima vez veréis cómo el tiempo se muestra más generoso.

—¿Podemos volver esta tarde? —preguntó Teo.

—Me sentiría dichoso y honrado, pero depende de tu honorable padre. El ha sido generoso trayéndoos, no abuséis de su amabilidad. La generosidad es flor que se marchita si se expone a la destemplanza del abuso.

8

La rebelión de los diez soles

Teo logró convencer a su padre para que después de comer los llevara de nuevo a casa de Yang Xuan. Ciertamente era que el profesor se había ganado la confianza del padre de Teo. Por fortuna ignoraba que era un robot con quien había tratado.

Yang Xuan tenía todo preparado cuando llegaron los niños, que, previa y nuevamente, tuvieron que pasar por la cámara de descontaminación.

—Comprended que tenga que ser así —se excusó el profesor—, pero es la única garantía de que con vosotros no pasa ningún agente nocivo del mundo exterior.

—Estamos vacunados —arguyó Iván tratando de eludir el trámite.

Aunque, visto el funcionamiento de la cámara descontaminante, a ellos no les importaba en absoluto salvar esta formalidad. Solo les interesaba reanudar la visión interrumpida al mediodía.

—Podríamos haber traído la grabadora para conservar estas historias —se lamentó Iván cuando estuvo dentro de los dominios de Yang Xuan.

Pero el anciano no estaba de acuerdo.

—No, prefiero que sigan formando parte del secreto que ha envuelto mis actividades durante muchos años. Aunque ha estado muy cerca de dejar de serlo por culpa de la indiscreción de Pepín. Confío en que el asunto quede olvidado como tantas noticias que aparecen en la prensa. Si no, estaría perdido. Acudirían numerosas personas interesadas por mis descubrimientos y correría el peligro de que, a pesar de mis severas precauciones, me contagiara alguna enfermedad. Bien, no dilatemos más la espera, veamos qué encierran los siguientes sonidos que he grabado.

Conectaron de nuevo los equipos. No tardaron en aparecer en pantalla las primeras imágenes, provocadas por el sugerente ruido de fondo.

Un gigantesco árbol de varios miles de metros de altura resplandece en medio de un gran estanque, del que emerge como un mágico surtidor. Lo baña una cascada de luz intensa, cegadora. Extrañamente, el árbol no arroja sombras sobre el agua, como si numerosas luces la alumbraran, borrándolas.

—Creo que este árbol es el Fu Sang —comentó el profesor—. Se dice en mis libros que su tronco no podría ser abarcado por mil hombres con los brazos extendidos y unidos.

El árbol tiene diez ramas gruesas, descomunales. Sobre cada una de ellas existe una luz poderosa, deslumbrante, como si diez soles se hubiera n posado sobre su copa.

—¡Oh!, son los diez soles —exclamó con asombro Yang Xuan, y explicó—. Según se cuenta, Xi He, la madre del Sol, tuvo diez hijos, que vivían juntos en el cielo.

Los soles se lanzan desde la copa del gran árbol hacia las limpias aguas del estanque y se zambullen. Saltan y juegan, tornan al árbol y vuelven a zambullirse. El agua se calienta y envuelve con su denso aliento el loco ajetreo de los soles. Parecen libres de obligaciones. Pero, de repente, uno de ellos grita:

—Es la hora, hoy me toca a mí.

—¿A ti? —preguntan los demás.

—Sí, hoy es mi día de recorrer el mundo y divertirme. Es lo establecido, cada día uno.

Uno de sus hermanos se planta delante de él.

—No hay derecho a que tengamos que estar nueve días aburridos esperando nuestro turno. Esta vida es monótona, todo el día sentados en la copa del árbol, y cuando no, aplacando nuestro calor en el estanque.

—Pero es alegre disfrutar del agua —le objeta otro.

—Tonterías, lo divertido es recorrer el mundo, ver los campos hermosos y a las gentes y animales, mucho más que vivir en este lugar. ¿O acaso alguno de vosotros prefiere quedarse aquí? Si alguien lo prefiere, que lo diga, que además de mi turno haré el suyo.

Todos niegan o callan. Resulta evidente que se inclinan por recorrer el mundo. Solo uno de los hermanos parece entender la situación.

—Cierto que preferimos la diversión de recorrer el mundo a esperar nuestro turno sentados en las ramas del Fu Sang. Pero si el Soberano del Cielo ha dispuesto que cada día solo uno de nosotros vaya a iluminar y dar calor al mundo, sus razones tendrá.

—Nuestra única razón es divertirnos, ¿no estáis de acuerdo?

Todos lo están, salvo el que parece que comprende la situación, que insiste:

—Nuestro calor es tan elevado, que si saliéramos al cielo los diez juntos la vida se haría imposible en la Tierra.

—¡Tonterías! —dice otro de los soles —¿Qué nos importa a nosotros! En todo caso será problema de los que viven en ella o del Soberano del Cielo, mas no nuestro.

—El mundo dejará de ser divertido si se acaba.

—A nadie le gusta permanecer recluso nueve días de cada diez —responde otro de los soles.

Los ánimos se van exaltando. El sol que ha planteado la polémica se dirige a sus hermanos con decisión.

—Os propongo que abandonemos el Estanque Tanggu y salgamos todos juntos a divertirnos por el mundo.

La idea es aceptada sin vacilaciones. Únicamente duda el sol que parece más razonable, pero, vista la decisión de sus hermanos, al fin claudica.

Los diez soles, incumpliendo el mandato del Soberano del Cielo, se alejan del Estanque Tanggu y del árbol Fu Sang camino del cielo. Juntos lo recorren, de Oriente a Occidente, como cada uno hacía a diario.

Yang Xuan detuvo su máquina y pulsó una tecla para que la grabación avanzara con rapidez.

—Lo que sigue sería largo y tedioso. Si os parece, dejemos que transcurra el tiempo y que se diviertan los soles y veamos las consecuencias de su irresponsabilidad. Tal vez se avecine una catástrofe que obligue a la utilización del elixir de la inmortalidad.

Iván pensó que eso ya habría de saberlo Yang Xuan, pues no en vano había oído las palabras con anterioridad. Y así se lo manifestó.

—Del elixir no se habla hasta más adelante, pero ya os he dicho que, sin imágenes, son solo palabras vacías —le contestó el profesor—. De todos modos, creo que debemos ver todo cuanto ofrezca interés, pues, aunque descifrar el misterio del elixir sea mi meta, siento necesidad de conocer la auténtica historia de mi país. La verdad debe prevalecer sobre nuestros anhelos, por grandes que fueren.

—Estoy de acuerdo. Hay que verlo todo —dijo Teo.

—No, si yo también estoy de acuerdo... —reconoció Iván.

—Entonces prosigamos. La grabación ya está en el lugar adecuado.

Lo que en un tiempo debieron de ser fértiles y hermosos campos no son sino un desierto de tierra seca y polvoriento. No existe un solo árbol, y de la hierba únicamente se apunta un residuo calcinado. Los ríos muestran sus feos fondos resecos, muertos, y los seres humanos se esconden en profundas cuevas en busca de sombras sosegadoras y de débiles humedades que alivien el sofocante calor. Lucen en el cielo los diez soles, juguetones, divertidos, sin conciencia de que el daño producido por el exceso de calor amenaza con acabar con la vida. Sus abrasadores rayos se entrecruzan como agujas de pino e iluminan lo recóndito, impidiendo la sombra, sembrando luz incluso en los recovecos más sórdidos. Los animales han huido o sus esqueletos forman parte ya del paisaje estremecedor.

Un hombre de aspecto humilde, pero revestido de grandeza natural, mide con sus pies, pobremente calzados, la sequedad y el bravío del terreno inhóspito y quemado. Se planta sobre una roca, dirige su mirada hacia el cielo y, soportando el castigo de los heridores rayos de luz, grita:

—¡Hermanos soles!, yo, Yao, emperador de este reino, porque no soporto el sufrimiento de mi pueblo, os conmino a retiraros del cielo y a que alumbréis y calentéis nuestra tierra de uno en uno, como ha sido siempre y como establece el Soberano del Cielo.

Los soles ríen divertidos, despreciando la angustiada petición.

—Yo nada he pedido para mí. Escogí la vida sencilla en vez de la opulencia por amor a mi pueblo. Por este amor, os suplico que os retiréis.

Pero los soles no parecen dispuestos a hacerlo, por el contrario, dirigen hacia el emperador sus rayos más agresivos, que le provocan sudor y angustia.

—Está bien, puesto que desoís mi voz, recurriré al Soberano del Cielo. Él escuchará mis súplicas y pondrá remedio a vuestra arrogancia y a nuestra desgracia.

El emperador se aleja y se pierde en la lejanía, entre las reverberaciones que produce la luz en las ardientes rocas.

—Yao fue uno de los grandes emperadores. Pese a su categoría, no habitaba en suntuoso palacio sino en una humilde cabaña, practicaba la virtud y se alimentaba frugalmente. No tenía más meta que la felicidad de su pueblo.

Una nube de polvo, irreal, encendida de fuego por contacto con la esplendorosa luz, desciende del cielo y se deposita sobre la tierra calcinada. Un soplo de viento venido de no se sabe dónde la arrastra y la deshace como si fuera un espejismo.

Un hombre de cuerpo nervudo y ágil ha quedado en el lugar en que se posó la nube. Está sorprendido, inquieto. Mira en todas direcciones sin comprender cómo ha aparecido en aquel extraño lugar. De repente, una voz surge en el cielo con la fuerza de un trueno pero serena como el llanto de la lluvia de otoño, y dice:

—Los jóvenes soles han traicionado mi voluntad y desafiado mi poder. Por su desobediencia e irresponsabilidad la Tierra padece una terrible sequía, han acabado con las plantas, casi han exterminado a los animales y, muy pronto, los seres humanos quedarán sin posibilidades de vida. Por eso, Hou Yi, he decidido trasladarte a la Tierra para que pongas fin a este desatino. Toma este arco y estas diez flechas blancas y castiga la soberbia de los soles.

Del cielo caen un arco rojo y una aljaba con diez flechas blancas, rematadas con plumas que parecen arrancadas al más bello de los cisnes de los estanques celestiales.

El hombre cuelga la aljaba de su hombro y monta la primera flecha en el arco. Apunta hacia el cielo y advierte:

—Hermanos soles, nacidos de Xi He, el Soberano del Cielo me ordena castigar vuestro desenfreno y soberbia. He visto las calamidades que pasan los seres humanos por culpa de vuestra irresponsabilidad, y ello hace que me sienta afligido. Sabed que soy Hou Yi y que en el cielo es conocida mi certera puntería con el arco. También, que soy justo y generoso, pero mi mano no temblará para derribaros. Sin embargo, os doy la oportunidad de reconocer vuestro error y de retiraros antes de que sea tarde. ¿Cuál es vuestra decisión?

El silencio como desprecio a las palabras de Hou Yi es su única respuesta. Ignoran fingidamente su presencia.

Hou Yi tensa el arco y apunta hacia el cielo. La flecha rasga el aire con un silbido. Instantes después, se oye un ruido espantoso, cuyo estruendo es repetido por mil ecos lejanos. Una bola de fuego cae sobre la tierra y se desintegra en cientos de millones de partículas luminosas, como si se tratara de un juego pirotécnico. Los soles restantes, viendo la suerte de su hermano, pretenden huir, pero las flechas de Hou Yi son más rápidas. Uno a uno, los va derribando. Han caído nueve, y apunta su décima flecha hacia el único sobreviviente, el sol

que siempre se mostró más razonable. Pero en ese momento acude apresuradamente el emperador Yao y le grita:

—¡Deténte! Has derribado nueve soles y es suficiente. Deja a este que cumpla su tarea. El sol es beneficioso para la Humanidad y la vida en la Tierra. Solo si existen demasiados soles su presencia resulta perjudicial.

Hou Yi obedece y guarda su única flecha.

El sofocante calor cesa pronto. Los animales comienzan a retornar y los seres humanos salen de las cuevas. Al ver a su salvador, lo aclaman y le suplican que se quede en la Tierra para que los libre de las plagas y de las terribles bestias que la pueblan. Hou Yi se resiste, pero su corazón se ablanda ante la insistencia. Eleva la vista al cielo y grita:

—¡Soberano del Cielo!, esta gente necesita mi ayuda. He decidido quedarme algún tiempo entre ellos.

Vuelve a oírse la voz poderosa desde el cielo.

—Si es tu voluntad, sea. Que la flecha que queda en tu carcaj te sirva como modelo para construir otras con que cumplir tu tarea.

Yang Xuan detuvo su máquina y se dirigió a los niños:

—En lo que sigue escasean las palabras, dominadas por sonidos extraños y terribles rugidos. Como si una furia infernal se hubiera desatado. Solamente he distinguido, a veces, la voz de Hou Yi, lo que me ha llevado a la conclusión de que corresponde a su lucha contra las bestias que, como una plaga, amenazaban a los seres humanos.

—Quizá fueran las que escaparon de la cueva custodiada por la Reina Madre del Oeste —apuntó Teo.

—Tal vez —respondió el profesor—. Ignoro si será de vuestro interés ver lo que realmente sucedió.

Iván no dudó ni un instante. Su respuesta tuvo la contundencia de quien manifiesta un deseo vehemente:

—Es lo más interesante de esta historia.

—En tal caso, prosigamos.

La furia del dragón blanco

Yang Xuan jugó con la grabación durante un rato, hasta que, finalmente, dijo satisfecho:

—He eliminado las partes que he creído innecesarias y determinados silencios que a nada conducían. Espero que no se hayan deslizado sonidos pertenecientes a momentos o épocas que no nos interesan. Teo, prepara tu ordenador, que comenzamos.

El monitor se iluminó y surgieron las primeras imágenes: el cielo mecía su azul radiante en la serenidad de las aguas, cuyo rumoroso canto llegaba aumentado desde la máquina de Yang Xuan.

Las aguas de un gran lago aparecen tranquilas, solo la débil brisa arranca un murmullo cuando las empuja contra las orillas. Pero la paz queda en simple apariencia, pues de inmediato las agua comienzan a cobrar fuerza, a agitarse como un mar enfurecido. Los ríos que afluyen al lago crecen, agigantan su caudal y vierten con codicia sus aguas al lago, que crece y crece sin medida hasta desbordarse. Se levantan grandes olas y se forman remolinos, que empujan las aguas hacia los campos, aún sedientos después de la catástrofe provocada por los diez soles.

Pero la tierra reseca pronto calma su sed y comienza a ahogarse. La inundación avanza imparable, amenazando con arrebatarse sus dominios a los seres humanos y a los animales. Las casas ceden frente al poder de las aguas y se derrumban, los cultivos se pierden, los bosques se anegan, el ganado huye y muere con idéntica desesperación. Las gentes buscan los lugares más elevados, lo que no impide que sean arrastradas por la furia arrasadora de las aguas.

En el centro de lo que fuera el pacífico lago, las aguas se levantan bruscamente y emerge una figura imprecisa, que pronto se dibuja con nitidez. Se trata de un enorme dragón blanco, que lanza potentes chorros de agua por la boca y que con su cola arrastra y golpea las aguas para provocar grandes olas. Da la impresión de que es el causante del arrebatarse y desenfreno de las aguas.

Yang Xuan abrió con perplejidad sus ojos y comentó:

—Es He Bo, el dios de las aguas, que adoptaba la forma de un dragón blanco. No comprendo cómo vuestro ordenador ha podido captarlo con tanta perfección.

Tampoco los niños lo entendían demasiado, ya que ninguna de las imágenes de dragones que habían introducido en el ordenador correspondía a un dragón blanco. Quizá

simplemente se debiera al azar o, por el contrario, perteneciera al mundo de los misterios que jamás se logran descifrar.

Con gran aparatosidad, entre olas y chorros de agua, el dragón blanco se dirige hacia uno de los ríos que afluyen al lago. Antes de llegar a la desembocadura, se sumerge, aunque puede seguirse su marcha río arriba por la estela que va dejando tras de sí a su paso.

Hou Yi está escondido en la copa de un árbol a la orilla del río, donde este se ensancha. La estela se pierde en ese ensanche. El dragón blanco ha debido de detenerse o se ha sumergido a mayor profundidad. De repente, emerge con toda su furia y empuja las aguas hacia los campos.

Hou Yi monta una flecha en su arco y apunta cuidadosamente hacia el terrible dragón. Cuando la bestia descubre, asombrada, la amenazadora mirada de la punta de la flecha, es demasiado tarde: se le ha clavado en el ojo izquierdo. Su grito de dolor es tan terrible, que incluso las propias aguas se estremecen. El animal, después de voltearse y de dar unos tremendos coletazos, se sumerge hacia las profundidades del río. Como a una señal, las aguas se aquietan y comienzan a retroceder. Los ríos vuelven a sus cauces y el cielo de nuevo contempla su azul en el espejo del lago, cuyas aguas comienzan a dibujar círculos concéntricos, en cuyo centro emerge de nuevo la cabeza del dragón, aunque ahora sin la fuerza ni la arrogancia de antes. Aún permanece clavada en su ojo la flecha blanca con que lo hirió Hou Yi. Eleva la cabeza hacia el cielo y grita:

—Hoy, cuando yo paseaba pacíficamente por el río y sin que le diera motivo alguno, Hou Yi ha disparado una flecha contra mí y me ha herido en un ojo. Te suplico, Soberano del Cielo, que castigues su maldad con la muerte.

Iván, que vivía intensamente los sucesos, no pudo evitar una reacción de rabia.

—¡Chivato! Y encima es mentira. Lo mismo que hace uno de nuestra clase.

La voz atronadora y serena que ya conocían, volvió a oírse desde el cielo.

—He Bo, eres el dios del agua y tu misión es llevar la felicidad a la Tierra, no la desgracia, y eso es lo que has conseguido. De tu castigo fuiste merecedor. Y has de saber que Hou Yi ha decidido permanecer entre los seres humanos para ayudarlos. Luego no acudas a mí si con tus desmanes provocas su enojo.

El dragón, avergonzado y lleno de desconcierto por la respuesta del Soberano del Cielo, se sumerge en las plácidas aguas.

Yang Xuan cogió un libro, buscó entre sus páginas y leyó:

—Aquí lo dice: «Después de que He Bo, dios del agua, fuera castigado por Hou Yi, nunca más se atrevió a cometer desatinos. Cuando quedó suficientemente probado su arrepentimiento, el Soberano del Cielo permitió que su ojo herido recuperara la visión, y desde entonces, volvió a adoptar la forma de dragón blanco, pero no para provocar inundaciones, sino para beneficiar a cuantos habitaban la Tierra».

Hou Yi camina por terrenos pétreos y escabrosos, que bordean una zona pantanosa. La humedad envuelve el paisaje para darle un aire entre misterioso y tétrico. Su mirada inquieta

recorre cada saliente de roca, cada oquedad, como si temiera ser sorprendido. El arco rojo a punto, una flecha montada y la aljaba repleta de flechas blancas. Solo el silbar del viento restalla entre los montes, traído y llevado por el eco.

Un feroz rugido estalla tras unas rocas, a un escaso centenar de metros. Se agacha instintivamente, en un acto reflejo de protección y defensa. Las fauces de un terrible animal asoman amenazadoras. Hou Yi puede sentir el fétido aliento que la bestia arroja por su descomunal boca, abierta como si quiera alardear de sus afilados dientes, que sobrepasan los dos metros. El aspecto de la bestia es indefinible, una mezcla entre gigantesco lagarto y dragón, cuya piel cubren gruesas escamas de aspecto pétreo.

Hou Yi ha debido de comprender que nada podrán sus flechas contra aquella piel impenetrable, pues no dispara. Solo podría vencer al monstruoso animal si consiguiera herirlo en un punto vital que no protegiera la coraza de escamas. Tenso, avanza hacia la bestia como si quisiera provocarla u ofrecerle su cuerpo como señuelo. El animal ruge, quizá furioso, quizá sorprendido de que alguien no huya aterrorizado por su impresionante aspecto.

La boca se abre más aún y muestra sus aguzados dientes, que amenazan como espadas. El animal se dispone a dar su dentellada definitiva, pero Hou Yi, en ese instante, tensa con rapidez el arco y arroja la flecha que se introduce en la boca de la bestia y se clava en su rosada garganta.

El rugido del animal es atroz, cercano al lamento desgarrado. Levanta la cabeza como si quisiera escupir el elemento extraño que hiere su garganta. Resopla, se retuerce y, finalmente, trepa a una roca, de la que cae herido de muerte. Su cuerpo rueda por la pendiente hasta que encuentra el frío lecho de las aguas cenagosas del pantano. Queda flotando, sin vida, como las rocas ásperas y verdinegras que emergen frente a los acantilados.

Hou Yi sonríe como muestra de satisfacción por su triunfo, pero la sonrisa escapa de su rostro igual que la sombra huye de la luz: un ave monstruosa se cierne sobre él. Sin duda, ha acudido para vengar a la bestia muerta con quien compartía el dominio de aquel lugar. Por sus nueve cabezas lanza llamas y chorros de agua contra Hou Yi, que huye de un lado a otro, tratando de esquivar el ataque.

—¿Este monstruoso pajarraco cómo se llama? —preguntó Iván.

—Si no me equivoco ha de ser Jiu Ying, un ave devoradora de hombres y difícil de destruir, pues si Hou Yi la hiere en una de sus cabezas, no morirá, por el contrario se volverá más feroz, como si la energía de la cabeza destruida se concentrara en las restantes. Espero que él lo sepa y no dispare, porque estaría perdido.

Hou Yi apunta su arco hacia el ave, que bate sus alas dispuesta a lanzar su ataque.

—¡No le dispare y huye! —grita Iván, emocionado.

Pero Hou Yi dispara la flecha, y con la rapidez de esta, carga de nuevo el arco y vuelve a disparar. Son nueve las flechas que ha lanzado en unos instantes. Cada una ha atravesado

una cabeza del animal, que no ha tenido siquiera tiempo para reaccionar. Sus alas quedan flácidas, incapaces ya de sostener el pesado cuerpo. El ave se estrella contra las rocas, y Hou Yi se acerca y le quita la piel, que enrolla y ata a su cintura.

—Hou Yi ha librado a los seres humanos de dos de las más peligrosas y temidas bestias —comenta Yang Xuan—. Pero la leyenda cuenta que se enfrentó a otras muchas. Veamos qué sucede más tarde.

Varios hombres, con aspecto de asustados, rodean a Hou Yi y se lamentan.

—Hou Yi, ayúdanos —dice uno de ellos—. Ya Yu, una despiadada bestia, quiere acabar con nosotros. Tenemos que vivir escondidos, pues si nos descubre, seremos devorados. Nada podemos hacer, ya que es más rápida y fuerte que nosotros. Nuestras familias viven ocultas en esas cuevas porque derribó nuestras casas, pero nosotros hemos de ir al valle para procurarles comida, y es entonces cuando el monstruoso Ya Yu nos da caza. Ya solo quedamos nosotros, y si no nos libras de esa fiera, nuestras familias quedarán desamparadas y morirán.

—¿Dónde se esconde esa bestia? —pregunta Hou Yi, por cuya expresión se adivina su intención de ayudarles.

—Sigue ese camino entre las rocas y llegarás al valle. Ya en él, no te será difícil dar con la fiera. Ella acudirá a ti para devorarte.

Hou Yi emprende la marcha por el camino que le han indicado aquellos hombres indefensos y asustados. No tarda mucho en llegar al lugar en que el camino se ensancha y se convierte en un extenso valle. Encuentra calaveras y huesos humanos, cada vez más numerosos, lo que le indica que la bestia se ha de encontrar cerca. Camina despacio, temeroso de que el ataque se produzca en cualquier momento y pueda cogerle desprevenido.

En efecto, detrás de un grupo de arbustos, a unas decenas de metros, brota una especie de mugido, que por momentos parece humano. A pesar de su precaución, queda sorprendido y paralizado por el horror. Un terrible animal, con aspecto de buey, de largo pelo rojo y rostro humano, se dirige hacia él, enfurecido. Su velocidad es comprensible, pues sus patas no corresponden a las de un buey sino a las de un caballo. Está tan cerca, que se enfrentan sus miradas, una de odio y otra de temor.

Hou Yi reacciona, tensa el arco con rapidez y dispara. Su flecha blanca se clava en la frente del horrendo animal, que lanza un bufido aterrador, aunque no se detiene en su desenfrenada carrera. Pero es solo la inercia la que lo empuja, pues el efecto de la flecha ha sido fulminante. No obstante, su cuerpo choca contra el de Hou Yi, que, a causa del encontronazo, es lanzado a varios metros de distancia. Cuando se levanta, descubre tendido a sus pies el cuerpo exangüe de Ya Yu.

Un timbre rompió la situación de éxtasis que embargaba a los tres espectadores de la Historia. Yang Xuan detuvo su máquina y se acercó a una pequeña pantalla que había sobre una mesa y pulsó un botón. La pantalla se iluminó.

—Mira, Teo, es tu padre que viene a recogeros —dijo Yang Xuan.

—¡Jo!, qué rabia. En lo más interesante... —protestó Teo.

—No nos ha dado tiempo a ver nada —añadió Iván.

—Tened paciencia, podremos seguir el próximo fin de semana. El tiempo pasa sin que apenas se sienta su leve caminar.

Iván no estaba de acuerdo.

—Hasta que llegue el próximo fin de semana... Pues no queda nada...

El profesor les dirigió una sonrisa y replicó:

—No todo se puede realizar en un instante, es necesario saber esperar. Un viejo proverbio de mi país dice: «Con ayuda del tiempo y paciencia, la hoja de la morera acaba por convertirse en seda». Recoged vuestro equipo, pues tu padre llegará en seguida.

—No, lo dejaremos aquí y así será más seguro que volvamos.

10

La decisión de Hou Yi

Llegó el sábado, a pesar de que Teo e Iván parecían convencidos de que nunca llegaría. Como el padre de Teo no puso impedimentos a que dejaran el equipo en casa de Yang Xuan, no dependían ya de que alguien los llevara. Madrugaron más que de costumbre y se prepararon con una diligencia poco habitual, en comparación con los días en que habían de asistir a clase. No habían dado las nueve cuando llamaban en el vídeo-portero de la finca.

—Si es casi de noche... —bromeó Pepín cuando acudió a abrirles la puerta.

Yang Xuan parecía que estaba esperándolos, pues ya tenía preparado todo su equipo. Sin embargo, no se encontraba junto a él. Los niños, tras pasar por la cámara de descontaminación, lo hallaron haciendo ejercicios gimnásticos.

—Es importante el ejercicio para conservarse ágil si se pretende vivir muchos años —dijo, y añadió con picardía—. Y más, si se piensa alcanzar la inmortalidad. Supongo que vosotros habréis hecho algún ejercicio esta mañana, ¿verdad?

Teo e Iván se miraron, como si los hubiera sorprendido en un renuncio.

—Bueno, la verdad... —dijo Teo.

—Yo he ido corriendo a casa de Teo —añadió Iván, con la alegría de quien ha descubierto una salida airosa.

—Y hemos venido muy deprisa, casi corriendo, hasta aquí.

Yang Xuan se acercó a su máquina y anunció:

—Hoy presiento que veremos sucesos muy interesantes. Preparad vuestro ordenador.

Pronto lo tuvieron listo. Se les notaba impacientes por comenzar la sesión. Y empezó...

Hou Yi quita la piel a un zorro plateado al que acaba de dar caza. La ata a su cintura, junto a la piel que arrebató al ave de las nueve cabezas. Se ve que practica y vive de la caza.

Reanuda su camino por la orilla de un río de aguas transparentes, que incitan a beber, pero los márgenes del río son demasiado escarpados para acceder a ella. Por fortuna, poco más adelante, encuentra a una joven vestida de blanco que saca agua del río mediante una caña de bambú. Se acerca a ella y le pide:

—¿Podrías darme un poco de agua?

La joven se vuelve y ofrece como un regalo inmerecido la belleza exquisita de su rostro. Sus facciones son dulces y su mirada confortadora, su piel blanca y su pelo negro y sedoso como un retazo de noche.

La joven observa el arco y las flechas.

—¡Oh!, señor —exclama—, tú eres Hou Yi. Te he reconocido por tu arco rojo y tus flechas blancas. Me siento muy honrada de compartir contigo el agua.

Le da de beber con la caña y, luego, coge un ramo de flores que había dejado sobre una roca y se lo tiende a Hou Yi.

—Te ruego que aceptes también este humilde presente en señal de respeto y agradecimiento por habernos librado de las terribles fieras que nos atemorizaban, algunas de las cuales fueron causantes de la muerte de mis padres.

Hou Yi se siente turbado por la belleza y dulzura de la joven.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta, mientras recoge el ramo de flores.

—Me llamo Chang E.

—¿Y por qué vistes de blanco?

—En señal de dolor por la muerte de mis padres y para expresar que su recuerdo continúa vivo en mí.

Hou Yi desata de su cintura la piel del zorro plateado y se la ofrece.

—Tanto amor a tus padres te honra. Acepta este regalo que yo te ofrezco. También es blanco y te protegerá del rigor del largo invierno. Después de conocerte, me siento doblemente feliz por haber acabado con esas bestias, aunque queda tristeza en mi corazón porque sé que otras fieras, también huidas de la cueva de la Reina Madre del Oeste, continúan libres para desgracia de los hombres que se crucen en su camino.

El sonido y las imágenes se interrumpieron.

—Algo falla —dijo Iván, contrariado.

Yang Xuan se dirigió hacia su máquina mientras comentaba:

—Aquí perdí los sonidos y no pude captar más sobre Hou Yi y Chang E hasta un tiempo posterior. Calculo que habrían transcurrido cerca de tres años. Busqué en mi libros lo que les pudo haber sucedido durante ese tiempo, y supe que ambos se enamoraron y se casaron. Vivieron felices de lo que cazaba Hou Yi, que se sentía tan dichoso, que olvidó que tenía que regresar al cielo. Hasta que un día... Mejor lo vemos directamente, pues aquí es donde comencé a captar de nuevo sonidos.

Hou Yi, acompañado de Chang E, recorre un monte en busca de caza. Oscuras nubes cubren el cielo con su manto sedoso. Un soplo de aire logra separarlas y asoma su rostro azul el cielo que ocultaban. Una voz poderosa sigue al viento:

—Hou Yi llevas demasiado tiempo en la Tierra. Hora es ya de que regreses.

Chang E comprende que ha llegado el momento de que su esposo vuelva al cielo, y llora amargamente. Pero Hou Yi mira hacia arriba y responde:

—Soy feliz en la Tierra y prefiero quedarme en ella. Amo los montes y los ríos, a mi esposa y a todos los seres con que convivo.

La voz se vuelve más dura cuando responde:

—¿Cómo, prefieres vivir entre los seres humanos a hacerlo en mi reino? Está bien, sea, pero desde instante pierdes tu puesto en el cielo. Quedarás en la Tierra y nunca podrás regresar. Desde ahora serás mortal como ellos.

Las nubes se cierran y vuelven a celar el cielo. Chang E continúa llorando emocionada por la decisión que su esposo ha tomado.

—No puedes quedarte, esposo mío. En el cielo tú eres un dios y aquí serás un simple mortal.

—No me importa, porque soy más feliz en la Tierra de lo que he sido en el cielo, a pesar de lo mucho que allí fui. Mi decisión ha sido tomada. Solo lamento el enojo que he advertido en las palabras del Soberano del Cielo. No fue mi intención ofenderlo, aunque comprendo que mi elección haya herido su orgullo.

Chang E sigue preocupada. Sabe a cuánto renuncia Hou Yi.

—Querido esposo, dentro de unos años seremos viejos y moriremos. ¿Te das cuenta lo que eso para ti va a significar?

Hou Yi se muestra firme en la decisión que ha adoptado. Es consciente de ello.

—Lo sé. La vida es el camino de la muerte, y la muerte el camino de la vida. Únicamente siento que con la vida se acabe nuestra felicidad. Para nada quiero ser inmortal si tú no lo eres también. La inmortalidad solo me interesa para disfrutar de la vida junto a lo que amo. Para nada la quiero si he de vivir recluido en el cielo sin tu compañía.

Yang Xuan se quedó pensativo. ¿Qué representaba para él su afán de vivir muchos años o eternamente? Solo una reclusión, un aislamiento de todo cuanto le rodeaba para vivir una vida de la que no disfrutaba.

—No le interesa la inmortalidad —comentó entre dientes.

Teo e Iván se dieron cuenta de su abatimiento. Pero las imágenes que siguieron, junto a las palabras, distrajeron su atención.

—Chang E, no deseo que la muerte llegue a separarnos. En el cielo oí decir que la Reina Madre del Oeste guarda el elixir de la inmortalidad. Podría ir a pedírselo para convertirnos en inmortales —dijo Hou Yi.

—Ignoro dónde se encuentra su reino, aunque he oído que es imposible llegar a él.

—Sé dónde está, en el monte Kunlun, en el oeste. También sé de las dificultades y peligros que se han de vencer para llegar allí, pero estoy dispuesto a arriesgarme, sé que lo conseguiré. Puesto que el cielo me niega la inmortalidad, justo es que trate yo de alcanzarla para nosotros.

El miedo asoma, como un rubor, al rostro de Chang E. Sabe que Hou Yi es arrojado y que, si está resuelto, nada lo hará desistir de su idea, pero al menos decide intentarlo.

—Ten en cuenta que ya eres mortal, y que cuando el hombre viene a la vida, viene también a la muerte —dice—. Si te ocurriera algo, no harías sino precipitar nuestra separación.

—Nada me ha de suceder.

Hou Yi, armado con su arco y sus flechas, monta sobre su caballo, decidido a marchar en busca del elixir de la inmortalidad. Chang E está triste por la separación que les aguarda, pero se muestra llena de entereza, seguramente ayudada por el pensamiento ilusorio de que puedan vivir juntos eternamente.

—Al fin, vamos a saber del elixir de la inmortalidad —dijo Yang Xuan, aunque en sus palabras los niños creyeron descubrir que no existía la misma fuerza, el mismo anhelo que antes.

Hou Yi bordea un gran lago en dirección hacia el lugar por donde cada día se oculta el sol superviviente a sus flechas. De repente, su caballo hace un extraño y se encabrita, y él, cogido por sorpresa, sale despedido. El caballo huye atemorizado. Caído en el suelo y aún aturdido por el golpe, descubre la boca amenazadora de una gigantesca boa. Intenta levantarse, pero el monstruoso animal se lo impide con su largo cuerpo, que se cierra ya sobre el suyo.

El cuerpo de la serpiente es tan grueso, que Hou Yi no podría abarcarlo con sus brazos. Resulta comprensible la huida del caballo, que podría ser tragado de un solo bocado.

Hou Yi intenta coger su arco, caído a unos metros, pero la terrible bestia, como si intuyera el peligro, lo tiene aprisionado con su escamoso cuerpo. La expresión del rostro de Hou Yi refleja que, definitivamente, acaba de comprender el auténtico significado de la palabra mortal.

La serpiente se enrosca en su cuerpo y abre la boca, dispuesta a lanzarle su peligrosa dentellada. Pero él, con la misma celeridad con que es capaz de disparar su arco, logra extraer una flecha de la aljaba, que aún cuelga de su hombro, y la introduce en la boca de la bestia cuando se cierra imparable. La flecha se clava en el paladar de la serpiente, que comienza a dar tremendas sacudidas y a retorcerse sobre sí misma. Por fortuna, Hou Yi logra escapar y recoge su arco antes de alejarse.

La serpiente cesa en sus desesperados movimientos y, con la boca semiabierto a causa de la flecha y rabiando de furia, se lanza en persecución de Hou Yi, que ha conseguido distanciarse. Antes de que pueda alcanzarlo, monta con rapidez una de las flechas en el arco y la dispara. La flecha se clava en uno de los ojos de la bestia, atraviesa su cabeza y asoma su afilada punta por el centro del otro ojo. La flecha ha herido en un sitio vital a la serpiente, que rueda sin vida por tierra, aunque su cuerpo, impulsado por mil reflejos nerviosos, sigue moviéndose como si estuviera llena de vida. Y aún continúa moviéndose cuando Hou Yi regresa de buscar su caballo, que se mueve inquieto y receloso y caracolea cuando pasa cerca de la bestia.

—No va a resultar fácil a Hou Yi llegar al monte en que habita la Reina Madre del Oeste —dijo Yang Xuan—. Esta era otra de las bestias huidas de la cueva, pero aún no ha acabado con todas.

Nuevas imágenes surgen como por encanto en el monitor, generadas por los impulsos procedentes de la máquina de Yang Xuan.

Hou Yi descansa a la sombra de un gran árbol, mientras su caballo pace en los alrededores. El animal yergue la cabeza y resopla. Su fino instinto algo ha detectado. Sin embargo, Hou Yi duerme apaciblemente. El caballo se aleja con recelo, primero lentamente y después al trote.

Un gruñido suena cerca de Hou Yi, que se revuelve en su lecho de hierba. El gruñido está tan próximo, que lo despierta. Un enorme jabalí negro, de colmillos largos y retorcidos como cuernos de carnero y afilados como la hoja de la hoz, de grandes fauces y nariz humeante, lo mira retadoramente. Parece que es el rey de aquellos contornos, al que molesta la presencia del extraño. El ataque se anuncia de un instante a otro.

Hou Yi está muy quieto, como si se hubiera convertido en estatua. Esa quietud, sin duda, es la que frena al jabalí en su ofensiva. Por fin, se lanza como una exhalación contra Hou Yi, que apenas tiene tiempo para apartarse. Rueda hacia un lado, lo suficiente para evitar la terrible embestida. La bestia, ciega en su ataque, se estrella contra el árbol y clava sus colmillos en el tronco. Un trozo de corteza y madera se abre como si hubiera recibido el cruento golpe del hacha. El animal ha quedado trabado en el tronco, y con fuertes tirones intenta liberarse. Hou Yi ha debido de comprender que estará perdido si no aprovecha la escasa fracción de tiempo que supondrá el forcejeo del animal, porque, sin levantarse siquiera, monta una flecha con rapidez y dispara.

La flecha alcanza a la bestia justamente en el instante en que acaba de desclavar sus colmillos del tronco del árbol. La flecha se hunde en el pecho del animal, exactamente detrás de la paletilla, a la altura del corazón. Hou Yi ha sido certero, pues no debe de ignorar que un jabalí herido resulta aún más peligroso.

La bestia lanza un aterrador chillido y se desploma de costado. Sus patas se agitan convulsivamente en el aire. No son sus pezuñas las de un jabalí, sino las de un toro, quizá en consonancia con su tamaño, más cercano al del toro que al del cerdo.

Hou Yi se acerca a su víctima, posiblemente para coger parte de su carne o recuperar su flecha. Pero cuando está a unos pasos, la bestia se levanta, a la vez que profiere un gruñido atroz, y lanza ciegas dentelladas. Hou Yi retrocede sorprendido mientras la bestia camina con la vista extraviada en el infinito.

Hou Yi comprende que su disparo, capaz de derribar a los soles, no ha sido suficiente en esta ocasión. Monta una nueva flecha, pero no llega a dispararla porque el monstruoso jabalí acaba de llegar al borde de una escarpada ladera, casi precipicio, y rueda por ella hasta que se pierde en su fondo, sin vida. En el silencio, solo se oye el trote de su caballo, que regresa.

Este nuevo peligro al que Hou Yi se tuvo que enfrentar emocionó a Teo e Iván más que otros. Quizá por la singularidad del animal o tal vez porque fuera el más cercano a la realidad de todos a cuantos se había enfrentado.

—Prestad atención a lo que sigue, que ha de ofrecerse con más detalle, pues los sonidos se captan con mayor claridad que en los hechos anteriores —dijo Yang Xuan.

Hou Yi cabalga por un angosto desfiladero. Un ruido en una de las paredes rocosas le obliga a mirar hacia ella. Sobre una piedra, un zorro contempla su marcha. Se trata de un zorro cuyo tamaño es superior al de cualquiera de su especie. Su aspecto es inquietante. El caballo una vez más da muestras de nerviosismo. Pero el zorro salta de la roca y se esconde. Hou Yi, que había preparado su arco, se tranquiliza.

Detrás de la roca en que ha desaparecido el zorro surge un hombre desnudo y de una fealdad indescriptible. Suelta una risotada y empuja una gran piedra hacia el lugar en que se encuentra Hou Yi. Solo la increíble rapidez de movimientos del corcel logra evitar que la piedra los aplaste. Hou Yi tensa el arco, pero se siente imposibilitado para disparar contra un ser humano por muy dantesco que sea su aspecto.

El hombre, temiendo que le lance la flecha, se oculta detrás de una roca. Instantes después, unos metros más adelante, vuelve a aparecer el zorro. Hou Yi se muestra desconcertado. Desvía la vista hacia el camino por un momento, y cuando la dirige de nuevo hacia el zorro, descubre que su lugar lo ocupa un nuevo hombre de cuerpo desnudo y peludo, aún más monstruoso que el anterior. El hombre coge piedras y las lanza a Hou Yi, que logra evitarlas con ayuda de su caballo, tan veloz como rápido de movimientos.

Cuando Hou Yi se siente fuera de peligro se vuelve y grita:

—Te he descubierto. Tú eres Feng Hu, el zorro asesino. Conozco tu poder de transformarte en ser humano, y de ello te vales para evitar mis flechas. Sabes que soy incapaz de disparar contra un ser humano. Pero te cazaré como lo que eres: un zorro despiadado y causante de desgracias.

El que escucha sus palabras no es ya el hombre sino el zorro, que ríe como una hiena. Hou Yi tensa el arco, aprovechando la oportunidad, pero antes de que dispare, el zorro se ha convertido en una hermosa mujer. Contiene su brazo el arquero mientras la mujer lanza por su boca un chorro de fuego, que dirige hacia él, a un tiempo que se lanza en su persecución.

Hou Yi salta del caballo y huye entre las rocas. La mujer lo persigue, pero le falta la agilidad del zorro para poderlo alcanzar. Quizá por ello se transforma de nuevo en zorro y salta de roca en roca.

Hou Yi ha debido de percibir la transformación, porque se detiene y, sin perder un segundo, dispara su arco. Al zorro, cogido por sorpresa, no le da tiempo a transformarse antes de que la flecha se clave en su garganta. Rueda por la pronunciada pendiente de la pared rocosa y queda tendido en la cuna del desfiladero. Su cabeza, antes de que expire, toma la apariencia de la de un hombre monstruoso, y se petrifica. Su transformación no ha llegado a su fin, pero su cabeza de piedra queda en el desfiladero como testimonio de su maldad.

—Basta por ahora —dijo Yang Xuan—, esta tarde continuaremos.

Los niños iban a protestar, pero una mirada a su reloj bastó para que comprendieran que era el momento de volver a casa.

El inalcanzable monte Kunlun

Teo había invitado a Iván a comer. El postre lo tomaron por el camino, pues lo que estaban viendo en el ordenador los atraía como un imán.

Yang Xuan se sorprendió de la rapidez con que habían regresado y, frente a su impaciencia, les pidió un poco de calma, pero los niños solo tenían una idea fija: continuar con la historia de Hou Yi.

—Está bien, continuemos, pero por mucha prisa que nos demos, la Historia permanece invariable. Precisamente el tiempo es lo único que la clarifica. Quiero decir que porque la contemplemos aceleradamente no va a ser diferente a si la vemos con sosiego —dijo Yang Xuan, y puso en marcha su máquina.

Hou Yi se encuentra en un pequeño pueblo abandonado, muchas de cuyas casas han sido derruidas o presentan un estado ruinoso, tal que hubieran recibido el inoportuno paso de un huracán. Ni siquiera se ve un animal, pero él se siente intranquilo, como si intuyera la presencia de muchos ojos vigilantes. Los cascos de su caballo levantan ruidos sordos, que retumban en las casas en que se alberga el silencio.

Una puerta rechina y Hou Yi se revuelve inquieto, lista una flecha en el arco. Un anciano famélico le llama desde la puerta entreabierta.

—¡Señor, señor!

Su voz es tenue, misteriosa, como si temiera despertar algún secreto dormido. Hou Yi desmonta y se acerca a la casa en que se oculta el anciano.

—Dime, ¿qué deseas y a qué se debe este abandono de la aldea?

El hombre le indica con un ademán que baje la voz.

—No está abandonada. Todo el mundo está oculto en lo más profundo de su casa o de lo que quedó de ella. Es por Da Feng, ¿sabes?

Hou Yi da muestras de sorpresa.

—Es terrible —continúa el anciano—. Tú pareces hombre valiente. Ayúdanos.

—No sé cómo. Yo solo soy un viajero camino del monte Kunlun.

El hombre es ahora el sorprendido.

—Eso está al oeste y es imposible llegar hasta allí. Tendrás que enfrentarte a grandes dificultades. Habrás de cruzar el río Ruoshui, y ello es imposible porque en sus aguas todo se hunde, ni siquiera una barca ni una hoja seca pueden flotar en ellas. Y además, existe la

montaña ardiente, cuyas llamas llegan al cielo y a la que no es posible acercarse, pues su calor abrasaría al que lo intentara.

—He de arriesgarme, venerable anciano.

El anciano mueve la cabeza de uno a otro lado.

—No se puede. Son dificultades incluso superiores a la de enfrentarse a Da Feng, que, por cierto, será un peligro más que habrás de salvar.

Nuevas puertas comienzan a abrirse. Los habitantes de la aldea van recobrando su valor o perdiendo su timidez y se atreven a abandonar sus refugios y a acercarse al lugar en que dialogan Hou Yi y el anciano.

—Explícame, por favor, qué sucede con Da Feng, al que tanto temes.

—¡Oh!, honorable señor, Da Feng es el más terrible rocho que hayas podido imaginar.

—¿Un rocho?

—Sí, un ave de desmesurado tamaño y extraordinaria fuerza. Sus alas ocultan la mitad del cielo y, cuando las agita, provoca huracanes, que derriban casas, arrancan de raíz los árboles, destrozán las cosechas y arrastran a las personas —el anciano se detiene y gimotea—. Es terrible, señor, algunos de mis hijos y nietos han perecido por su causa.

—¿Y qué podría hacer yo contra tan gigantesca ave?

—Posees arco y flechas. Algo de lo que nosotros carecemos. Tampoco sabríamos utilizarlos, pues solo sabemos cultivar la tierra, como corresponde a nuestro oficio de campesinos. Si queréis llegar al monte Kunlun tendréis forzosamente que enfrentaros a Da Feng, y será el modo de ayudarnos.

Las personas que se han congregado en derredor de Hou Yi apoyan la petición del anciano.

—Ayúdanos —suplican a coro.

Hou Yi los mira con la compasión brillando en su rostro.

—Si el rocho es tan gigantesco, mis flechas no lograrán acabar con él. Huiré y, una vez curado, volveré contra vosotros. Yo lograré pasar, sin embargo para vosotros la situación será más terrible aún, pues aumentará su furia e intentará vengarse del castigo infligido.

Los vecinos de la aldea se miran entre sí.

—No importa —replica el anciano—. Correremos el riesgo.

Hou Yi queda pensativo.

—Aguardad, tengo una idea. Quiero que me traigáis las cuerdas más robustas de que dispongáis.

Los vecinos vuelven a sus casas y regresan de inmediato con cuantas cuerdas han podido conseguir.

—Muy bien, con estas cuerdas bastará. Ahora, decidme, ¿dónde puedo encontrar al rocho?

Todos quieren hablar movidos por el entusiasmo. Pero es el anciano quien toma la palabra, tras ordenar con un gesto a los demás que callen.

—¿Ves aquella montaña árida y rocosa? En ella tiene su guarida. Antes de que alcances su cima, Da Feng saldrá a tu encuentro, pues no permite que nadie la cruce hacia el oeste.

Hou Yi escoge las cuerdas que considera más resistentes, las une y las enrolla. Luego, ata uno de los extremos a una de sus flechas, cuelga el rollo en su hombro y monta sobre el caballo. Los vecinos de la aldea lo ven ascender por la montaña.

Aún no ha llegado a la mitad de la ladera cuando un tremendo ruido de alas se deja oír en muchos kilómetros a la redonda. El cielo se oscurece y los campos se ensombrecen como en un día de otoño. Empieza a soplar un fuerte viento, que amenaza con derribarlo del caballo. En el cielo se agiganta la figura de un ave de incalculable envergadura. Da Feng se cierne sobre Hou Yi.

Coge la flecha a la que anudó la cuerda y la monta en el arco. Dos garras gigantescas amenazan muy cerca. Puede oír el ruido que hacen al abrirse y cerrarse. Si no actúa con rapidez, el rocho lo apresará junto con su caballo. Desde abajo, solo divisa la parte menos vulnerable del ave. Aunque apunte a su corazón, la flecha no logrará más que herirla en la pechuga, pues, dado su descomunal tamaño, no podrá penetrar hasta él.

Cuando el ave se halla suficientemente próxima -tanto, que siente el roce de sus afiladas uñas sobre su cabello-, dispara la flecha, que se clava con un chasquido en el buche del fabuloso animal. Da Feng emite un extraño ruido y oscila, como si hubiera perdido el equilibrio en el aire. Intenta remontar el vuelo, pero no lo consigue, por lo que inicia un vuelo lento y rasante en busca de refugio.

Hou Yi ve cómo la cuerda se desenrolla en su mano y se va perdiendo tras el ave. Con rapidez, gira con su caballo alrededor de varios árboles de grueso tronco, uniéndolos entre sí con lo que le resta de cuerda. Luego, ata el extremo a uno de los troncos. Existe el riesgo de que el ave, cuando se sienta sujeta por la cuerda, la parta o arranque de cuajo los árboles. Pero está demasiado herida, por lo que debe de haber perdido gran parte de su poderosa fuerza.

La cuerda se tensa, cruje, se agitan los árboles, mas el pájaro no consigue escapar de su atadura. Intenta de nuevo remontar el vuelo, aunque baldíamente. Cae a tierra.

Hou Yi se acerca a caballo mientras monta una segunda flecha en su arco. El ave gira hacia él la cabeza y abre su pico amenazadoramente en un acto de defensa e innata agresividad. Hou Yi dispara, y la flecha anuncia con un silbido su mortal mensaje. Con un golpe sordo se clava sobre la cabeza del rocho, encima del pico. El animal levanta desesperadamente la cabeza varias veces, como si tratara de aferrarse a la vida, antes de expirar. Una nueva bestia dañina acaba de ser exterminada por las certeras flechas de Hou Yi.

—Yo no sabía lo que era un rocho —dijo Iván.

—¿Pudieron existir aves tan enormes en la antigüedad? —preguntó Teo.

Yang Xuan no parecía resuelto a dar una respuesta concreta. Se limitó a contestar:

—Ahí está, la habéis visto. Lo que ignoro es si existieron muchas aves como esta.

—Vamos a seguir —dijo Iván—. Estoy impaciente por saber si Hou Yi consigue cruzar el río... como se llame.

—El río Ruoshui.

Hou Yi, ayudado por varios hombres de la aldea a la que había librado del terrible rocho, arrastra una canoa hacia un ancho río. Tanto, que la orilla opuesta no es visible.

—Espero que flote.

—Nada flota en el Ruoshui —responde uno de ellos—. Ni siquiera una pluma.

Hou Yi golpea la madera de la gran canoa.

—Confío en que esta madera flote. Es una madera mágica, y por buscarla tuve que retroceder en mi camino. Es de un árbol enorme llamado Buchenmu, el que no se hunde. Lo descubrí cuando perseguía a una fiera, y pude comprobar la magia de su madera, pues tiré algunas de sus ramas a un río y vi que flotaban como si el propio aire las sustentara.

—Pero su madera es muy dura.

—Sí, y a la vez muy ligera. Si no tuviera fe en ella, no habría construido la canoa ni la habría arrastrado con mi caballo hasta aquí.

Los hombres empujan la embarcación hasta el río y la depositan en sus aguas. En contra de lo que esperan, la canoa flota.

—Realmente es una madera mágica —dice con asombro uno de los hombres.

Hou Yi obliga a su caballo a que monte en la canoa, pues el animal se resiste a hacerlo. Luego, sube él y empieza a remar. El caballo comienza a piafar asustado mientras la barca emprende la marcha hacia la lejana orilla opuesta. Navega con tal suavidad, que el animal termina por tranquilizarse. Parece que flotara en el aire más que en el agua. Ni siquiera la popa dibuja su rastro en las tranquilas aguas.

Hou Yi alcanza la orilla y salta a ella montado en su caballo. Su primera acción es atar la embarcación al tronco de un árbol que se asoma, curioso o coqueto, al espejo de las limpias aguas. Sabe que sin la barca no podría regresar una vez que haya terminado su misión.

No muy distante se encuentra la montaña ardiente, como atestiguan las llamas y el humo que de ella brotan. Hou Yi se seca el sudor de la frente, pues ya se acusa el fuerte calor que irradia la montaña.

Desmonta del caballo y desata de su cintura la piel que quitó al ave de las nueve cabezas y que ha llevado consigo durante todo el viaje. La extiende y, con infinita paciencia, construye una especie de funda, con la que cubre el cuerpo del caballo y el suyo propio. Del corcel no queda visible más que la cola, pues no fue suficiente el tamaño de la piel.

—Esa piel es incombustible. Por eso la conservaba Hou Yi —aclaró Yang Xuan—. Dicen los libros antiguos que el pájaro de las nueve cabezas podía atravesar el fuego y permanecer en su interior sin quemarse.

Hou Yi lanza su caballo hacia la montaña ardiente. El animal asciende por la ladera con la velocidad del rayo, que corcel tan veloz jamás se vio. El ardor de las llamas y el intenso humo son sofocantes. Caballo y caballero sienten el ahogo del calor y del fuego. Pero, a pesar de ello, pronto se hallan al otro lado de la montaña. Sus cuerpos han salido indemnes de la aventura. Solo la cola del corcel ha quedado destruida por el fuego. Enfrente, sobre el cielo, se recorta majestuoso el monte Kunlun, donde habita Xi Wang Mu, la Reina Madre del Oeste.

Un pájaro de plumaje verde y cabeza roja planea sobre Hou Yi, como si estuviera inspeccionando su llegada. De repente, dirige su vuelo hacia el monte Kunlun.

—Es Quingniao, el mensajero de la Reina Madre del Oeste —dijo Iván con el orgullo de haberlo reconocido.

Yang Xuan sonrió feliz al ver cómo los niños se habían integrado en la historia, y dijo:

—Vuela para comunicar a la Reina Madre del Oeste la llegada de Hou Yi. El secreto del elixir de la inmortalidad está a punto de ser revelado.

12

Los ojos de la Luna

Por el monitor desfilaban bellas imágenes de los jardines del palacio de la Reina Madre del Oeste. Hou Yi había llegado junto a ella.

—Anda que si no le da el elixir de la inmortalidad después de las penalidades que ha pasado... —dijo Iván.

—No seas pájaro de mal agüero —respondió Teo.

—Es cierto. Como el Soberano del Cielo le ha quitado que sea inmortal, seguro que la Reina Madre del Oeste se niega a dárselo. Es pura lógica.

—Olvídate de la lógica y de tu sentido realista y déjanos ver lo que sucede.

Hou Yi y la Reina Madre del Oeste conversan en el jardín de palacio.

—Me complace recibirte, pues sé que eres el dios que bajó a la Tierra para acabar con el desenfreno de los soles. También te estoy agradecida porque has acabado con las bestias que huyeron de una de las tres cuevas de cuya custodia soy responsable. Por estos motivos te entregaré muy gustosa el elixir de la inmortalidad que me has pedido.

Hou Yi hace una profunda reverencia y dice;

—Agradezco tu generosidad. No es por mí, ni te lo pediría si solo pretendiera la inmortalidad, que nada significa. La vida y la muerte solo son dos pasos de cada ser dentro de la eternidad.

—Me alegro de que así pienses, porque dice el proverbio: «A quien piense que todo es eterno, que la vida y la muerte se suceden, que estar vivo o estar muerto son dos pasos del mismo ser, hazlo tu amigo». Yo me siento honrada con tu amistad.

—Y si yo te pido el elixir no es por alargar eternamente mi vida, que nada vale, sino por gozar indefinidamente de la felicidad que disfruto junto a Chang E, mi esposa.

La Reina Madre del Oeste sonríe complacida por las palabras cargadas de amor con que Hou Yi justifica su petición.

—El pájaro de tres patas, cuyo perdón has logrado dando muerte a las bestias que él dejó escapar de la cueva, te traerá el elixir de la inmortalidad, del que es guardián. Solo queda un poco, pero es todo tuyo. Espero que tu esposa se alegre cuando vea hecho realidad tu sueño.

El pájaro de tres patas levanta el vuelo y marcha contento en busca del elixir, ya que debe de sentirse agradecido hacia Hou Yi, su liberador.

—El elixir escasea porque se obtiene de sus frutos mágicos —dice la Reina Madre del Oeste señalando hacia el duraznero bajo cuya copa conversan—. Es el único inmortal de su especie.

Yang Xuan se sintió feliz con lo que acaba de descubrir.

—Ahora, gracias a la imagen, he podido descifrar lo que solo eran palabras sin sentido. El secreto del elixir de la inmortalidad nos ha sido revelado: se obtiene de los frutos de un duraznero inmortal.

—La escasez es debida a que florece solo cada tres mil años y da frutos después de otros tres mil —continúa la Reina Madre del Oeste.

El pájaro de tres patas regresa con una calabaza, asida con una de sus patas, y se la entrega a Hou Yi.

—Tomad cada uno la mitad del elixir que hay en esta calabaza. Será suficiente para que tu esposa y tú alcancéis la inmortalidad. Bebedlo con cuidado y medid bien la dosis, pues si alguien tomara todo, se convertiría en genio y subiría inmediatamente al cielo.

—Así lo haremos, Xi Wang Mu. Agradezco tu generosidad, y te doy las gracias también en nombre de mi amada esposa. Y ahora, si me lo permites, debo partir hacia mi casa, pues llevo demasiado tiempo fuera de ella y Chang E estará impaciente por mi regreso.

Yang Xuan se había entristecido. Había comprendido que no lograría jamás el elixir. Dijo:

—Tendría que averiguar cuál de los durazneros de mi país es el inmortal, y cuando lo consiguiera, esperar cientos o miles de años a que floreciera y otros tres mil para que diera sus frutos. Imposible. Siento que mis ilusiones se hayan visto truncadas. Me entristece, pero no demasiado, porque de Hou Yi he sacado la enseñanza de que la inmortalidad por sí misma nada vale. Lo importante es alcanzar la felicidad junto a los demás, a lo que se ama. Pero yo no he sabido alcanzarla.

—¿Acaso no ha sido feliz con nosotros viendo toda esta estupenda historia? —preguntó Teo.

—Sí, lo he sido.

Iván se quedó sorprendido de estas palabras. Él siempre veía el lado realista de las cosas.

—Pero, bueno, ¿qué significa esto? ¿Es que ya no vamos a ver más historias?

Yang Xuan le sonrió.

—Sí, aún hay más.

—¡Ah!, menos mal. Es que como hablaban en pasado, como si hubiéramos acabado...

—Nos queda por ver si Chang E y Hou Yi se hacen inmortales.

Hou Yi llega a su casa. Chang E, su bella esposa, lo espera a la puerta. El le entrega la calabaza y dice:

—Después de muchas penalidades logré llegar hasta el palacio de la Reina Madre del Oeste, que me dio el elixir de la inmortalidad. Lo que contiene esta calabaza debemos

tomarlo entre los dos, mitad por mitad, pues si alguien tomara todo, se convertiría en genio y subiría al cielo.

Chang E se muestra muy feliz, no solo porque su marido ha traído el elixir, sino también por su regreso.

—¿Debemos tomar ahora el elixir? —pregunta Chang E.

—No necesariamente. Prefiero que el día que lo tomemos sea una auténtica fiesta. Guárdalo hasta entonces.

—Yo me lo habría tomado —dijo Iván—. Imaginad que se lo roban.

—¡Hala!, siendo tomar, tú siempre estás dispuesto. Pues yo habría hecho igual que Hou Yi, esperad para celebrarlo —comentó Teo.

—Ya, ¿y si a uno de los dos le da un patatús mientras esperan?

Yang Xuan, que manipulaba su máquina, se volvió hacia los niños y dijo:

—Posiblemente también yo hubiera esperado, pero las palabras que siguen en lo que vamos a ver me han enseñado que con responsabilidades tan altas, mejor es actuar sin demora. Observad.

Chang E se encuentra en su casa. En la puerta aparece un joven de aspecto arrogante y mal encarado, que porta un arco y flechas.

—¡Oh!, Feng Meng, eres tú. ¿Qué te trae por nuestro humilde hogar?

—Simple visita de cortesía.

—Pero ¿no deberías estar en clase de arco con Hou Yi?

Feng Meng hace un gesto altanero.

—¿Para qué? Ya he aprendido todo lo que necesitaba saber.

Chang E está inquieta porque desconoce las intenciones del joven.

—Sí, he oído a mi marido que eres su mejor alumno.

—Pero no supero a él. Estoy condenado a ser el segundo arquero mientras él viva. Por eso deseo su muerte, para ser el mejor del mundo.

Chang E se asusta por las palabras de Feng Meng, en las que pueden leerse preocupantes intenciones.

—Recuerda el adagio: «La pasión de la envidia es como un grano de arena en el ojo». No creo que tu ambición sea tan importante como para desear su muerte.

—Para mí lo es. Y precisamente he sabido que poseéis el elixir de la inmortalidad. Si Hou Yi lo bebe, quedaré condenado toda mi vida a ser el segundo —continúa Feng Meng, y, tras montar una flecha en su arco, amenaza a Chang E—. Entrégame el elixir o atravesaré con mi flecha tu garganta.

Chang E se resiste a entregárselo, pero él insiste con dureza.

—No volveré a pedirte. Si no me lo entregas de inmediato, te mataré y lo cogeré yo. Sé que lo escondes en la casa.

Chang E, temblorosa, se encamina hacia el lugar en que guarda el elixir. Feng Meng la sigue sin dejar de apuntarla con su arco. Ella saca la calabaza y el joven sonríe al verla.

—Bien pensado, lo tomaré yo y así siempre seré el mejor arquero.

Al oír estas palabras, Chang E destapa la calabaza y dice:

—Prefiero que me suceda lo peor antes que permitir que seas inmortal.

Y antes de que el joven pueda reaccionar, apura el elixir hasta la última gota.

Feng Meng queda desconcertado con la reacción de Chang E, momento que ella aprovecha para huir fuera de la casa.

Chang E corre por el campo en busca de Hou Yi. Sus pies cada vez son más ligeros. Parece que flota sobre la hierba, hasta que comienza a elevarse lentamente hacia el cielo. Desde lo más alto, se le oye aún gritar:

—Como he de vivir en el cielo, escojo la Luna, pues en ella estaré más cerca de ti, esposo mío.

En ese instante llega Hou Yi, acompañado de sus alumnos. Todos traen arco y flechas. Feng Meng, al verlos, escapa hacia el bosque próximo.

Hou Yi ha debido de intuir que algo extraño sucede, pues corre hacia su casa. La encuentra vacía y la calabaza en el suelo. Comprende entonces lo que ha ocurrido y mira hacia el cielo con los ojos llenos de lágrimas. Después, monta su arco y sale en persecución de Feng Meng.

Hou Yi recorre el bosque con el arco dispuesto, pero no encuentra el menor rastro del joven. Cansado, se detiene junto a la acogedora sombra de un enorme árbol. En ese instante, detrás del tronco surge Feng Meng armado con un garrote y golpea a Hou Yi en la cabeza antes de que pueda defenderse. Cae mortalmente herido.

Los discípulos de Hou Yi aparecen en ese momento y descubren el cadáver de su maestro a los pies de Feng Meng, que aún sostiene el garrote, con el que los amenaza.

—¡No os acerquéis! El que lo haga correrá su misma suerte.

Pero los discípulos de Hou Yi rodean al criminal y, antes de que pueda golpearlos, lo sujetan y lo atan al tronco del árbol tras el que se ocultó.

—Has cometido un terrible crimen y vas a ser castigado —dice uno de ellos.

Los discípulos preparan sus arcos y disparan sus flechas contra el asesino.

—En esa época —comentó Yang Xuan—, en los lugares apartados no existían jueces ni justicia. La justicia la administraban los propios hombres del lugar. Ellos quisieron aplicarla al que había sido un buen alumno, pero un mal discípulo. Y con Hou Yi se termina esta parte de la historia de mi país. Veamos, mientras duren, las imágenes que restan.

Los jóvenes discípulos regresan entristecidos con el cuerpo de Hou Yi. Está anocheciendo. La Luna asoma su faz de plata entre nubes enrojecidas. Les sorprende que esa noche brille con más intensidad que cualquier otro día, como si se hubiera derramado sobre ella la esencia de la belleza.

En el palacio de la Luna llora la hermosa Chang E, y sus lágrimas resbalan y forman ríos que visten de espejos plateados la blanca superficie lunar. El alma de Hou Yi pasa muy cerca y busca en ellos los ojos, reflejados, de la inmortal Chang E.

La máquina de Yang Xuan quedó en el más absoluto silencio. El monitor de Teo se oscureció, vacío de imágenes.

—¿No hay más? —preguntó Iván.

—¿No te parece suficiente? —preguntó a su vez Yang Xuan.

Teo se encontraba muy satisfecho de lo que había conseguido con su ordenador.

—Es una pena que no lo hayamos podido registrar en vídeo. Profesor, ¿no tiene grabadas más palabras?

Yang Xuan esbozó una comprensiva sonrisa.

—No, no tengo. No creáis que es tan sencillo. Años me llevó captar, seleccionar y reunir las palabras y sonidos que han hecho posible la historia que acabamos de admirar.

Los niños se miraron como si trataran de transmitirse sus pensamientos. Iván dijo:

—Cuando consiga palabras de otros hechos, ¿podremos venir a verlos?

—Sí —dijo el anciano—, pero habrá de pasar mucho tiempo. No pienso seguir por ahora con mis experimentos.

Teo e Iván se sintieron decepcionados con las palabras de Yang Xuan.

—Pero si no trabaja en sus experimentos se va a aburrir aquí solo.

Yang Xuan comprendió que no le habían entendido.

—No pienso aburrirme, al contrario, trataré de recuperar el tiempo perdido. Además de descubrir que jamás podré ser inmortal, he aprendido algo muy importante: que hay que buscar la felicidad entre los demás. La felicidad es el verdadero signo de inmortalidad, el auténtico elixir. Este es el gran misterio de la vida, que, al fin, he logrado descifrar. Voy a abandonar mi refugio y me expondré a vuestras bacterias y enfermedades. Los años que me queden, pienso vivíroslos intensamente. Me atenderé al proverbio que dice: «El hombre envejece, pero no su corazón». Lo he decidido, regresaré a mi país y recorreré todos los lugares que hemos visto en imágenes.

Este anuncio contrarió a los dos amigos. Estaban tan contentos con el mundo que habían descubierto, que no se resignaban a perderlo.

—¿Y no piensa volver jamás? —preguntó Iván.

—Claro que volveré. Esta es mi casa, y mi mundo, mi laboratorio.

—¿Nos dejará usar su máquina mientras esté fuera? Podríamos tener nuevos sonidos cuando regrese.

El profesor denegó con la cabeza.

—No es posible, mi máquina es tan complicada, que solo yo puedo hacerla funcionar.

No estaban los niños dispuestos a rendirse con facilidad.

—Pero si nos deja un manual, intentaremos aprender su manejo.

—No hay manual —dijo el anciano—. Ni siquiera planos. Todo lo tengo aquí.

Y se tocó la frente con los dedos.

—Entonces, ¿tendremos que esperar a su vuelta? —preguntó Teo.

—Me temo que sí.

—Huy, para eso falta muchísimo.

El anciano se echó a reír. Los pocos años apremiaban a Iván como si la vida que en él despuntaba fuera algo volátil que amenazara con consumirse en un instante.

—Solo nuestra impaciencia pretende acortar el tiempo y, sin embargo, lo eterniza.

* * *

Teo e Iván continuaron progresando con sus trabajos de ordenador. Frecuentemente recibían noticias de Yang Xuan, que les comentaba la felicidad que había encontrado en el mundo que antes temía y, en especial, en su bello país.

Pero más tarde, de repente, sus cartas dejaron de llegarles. Pensaron que el profesor los habría olvidado, y eso los decepcionó. Demasiadas ilusiones tenían puestas en su amistad. Sin embargo, al cabo de unos meses, una carta breve llegó para demostrarles que estaban equivocados. Yang Xuan les contaba que, debido a sus muchos años y a haber vivido en un ambiente estéril durante tanto tiempo, su organismo había perdido todas las defensas, por lo que ahora se enfrentaba a una grave e irremediable enfermedad. Les daba las gracias porque, merced a su ayuda, había logrado descubrir la auténtica inmortalidad.

Esta noticia entristeció a los niños. Toda la ilusión puesta en seguir experimentando junto a Yang Xuan se deshacía como un muñeco de nieve expuesto a las caricias del sol. Con él se iría no solo la ilusión, sino el secreto de su maravillosa máquina y la posibilidad de seguir experimentando en el futuro.

Volvieron a sus experiencias en el ordenador, pero ahora les parecía diferente, convencidos de que nunca más lograrían unir la voz a la imagen, al menos la voz del pasado.

Un día pretendieron sacar la Luna en la pantalla de su ordenador para preparar un trabajo del colegio. Pero no apareció la misma Luna que tantas veces habían utilizado en sus juegos de diseño. Esta tenía un brillo especial, diferente, como si la regaran desbordados ríos de plata y unos ojos miraran con tristeza desde el profundo espejo de sus aguas.

—¡Anda!, es la Luna que vimos cuando murió Hou Yi —dijo Teo.

—Claro, eso es que quedó grabada en la memoria del ordenador —respondió con naturalidad Iván, el realista.

Pero un fenómeno extraño vino a confundirlos. Desde la lejanía, un punto resplandeciente de luz se acercaba hacia la Luna. Conforme la distancia se acortaba, el punto fue creciendo, hasta que tomó forma, una apariencia para ellos desconocida. No, no podría asegurarse que fuera el cuerpo de Yang Xuan, sin embargo los niños lo identificaron inequívocamente en aquella mancha luminosa. Era su alma, estaban seguros.

El alma de Yang Xuan se acercó a la Luna y buscó en sus reflejos los bellos ojos de Chang E, como si esperara que su mirada le confirmara que también él ya había logrado la inmortalidad.

Sí, en aquella mancha luminosa sin forma concreta habían visto el alma inmortal de Yang Xuan, aunque, por mucho que lo intentaron, jamás lograron explicar exacta ni parecidamente cómo era el alma resplandeciente de un hombre.

FIN